

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

SEDE DE OCCIDENTE

CIO

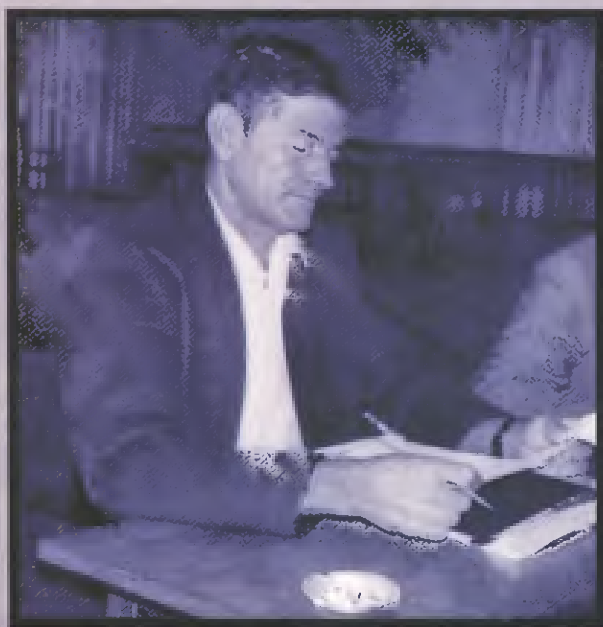
972.865

A696v

INSTITUCIÓN DE INVESTIGACIÓN

# VIVIR PARA SERVIR

MIGUEL ÁNGEL ARIAS ALPÍZAR



COLECCIÓN MEMORIA COLECTIVA

2011

SOCIEDAD EDITORA  
ALQUIMIA 2000, S.A.

**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA**  
**SEDE DE OCCIDENTE**  
**COORDINACIÓN DE INVESTIGACIÓN**

**VIVIR PARA SERVIR**  
**MIGUEL ÁNGEL ARIAS ALPÍZAR**

**COLECCIÓN MEMORIA COLECTIVA**

**2011**

92  
A696v

Arias Alpizar, Miguel Ángel

Vivir para servir / Miguel Ángel Arias Alpizar . 1.ed.  
San Ramón, Alajuela: Coordinación de Investigación.  
Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica,  
2011.

116 p.

ISBN 978-9968-9663-6-8

1. ARIAS ALPÍZAR, MIGUEL ÁNGEL, 1903- - BIOGRAFÍAS  
2. SAN RAMÓN- ALAJUELA- COSTA RICA - HISTORIA  
I. TÍTULO

BIBLIOTECA OCCIDENTE - UCR



0162445

0162445

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni puede ser registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, magnético, electroscópico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Diseño gráfico y diagramación:  
Lic. Juan Carlos Hernández Chavarría  
Diseñador Gráfico U.C.R.  
acuarelearte@gmail.com



Directora de la Colección Memoria Colectiva  
Magdalena Vásquez Vargas  
magdalena.vasquez@ucr.ac.cr

Consejo Editorial  
Magdalena Vásquez Vargas  
Luz Marina Vásquez Carranza  
Cinthia Orozco Castro  
Sergio Araya Rodríguez

Universidad de Costa Rica  
Sede de Occidente  
Coordinación de Investigación  
Primera Edición: 2011

Todos los derechos reservados conforme a la Ley  
Prohibida la reproducción total y parcial

Sitio web de la Coordinación de Investigación  
<http://www.so.ucr.ac.cr/Coordinaciones/Investigacion/index.html>

Colección Memoria Colectiva  
[http://www.so.ucr.ac.cr/Coordinaciones/Investigacion/coleccion\\_memoria\\_colectiva.html](http://www.so.ucr.ac.cr/Coordinaciones/Investigacion/coleccion_memoria_colectiva.html)

## ÍNDICE

Dedicatoria .....	9
Agradecimiento .....	11
Presentación .....	13
La vida de don Miguel .....	17
<b>PRIMERA PARTE: BIOGRAFÍA DE MIGUEL ÁNGEL ARIAS ALPÍZAR .....</b>	<b>21</b>
Trozos de la infancia .....	25
Juventud .....	31
Tiempos de la Guerra Civil de 1948 .....	37
Tiempos gratos: noviazgo y matrimonio .....	47
Los vecinos: problemas y amistad .....	52
Vida de líder comunal .....	62
Hospital sin Paredes .....	85

<b>SEGUNDA PARTE: EXPERIENCIAS, ANÉCDOTAS Y RELATOS ...</b>	<b>91</b>
De los bueyes .....	93
De las carretas .....	95
De los trapiches .....	96
Del ganado .....	100
De la agricultura .....	103
Las tres Marías: buena cuchara y turnos .....	103
La Cuesta del Toro: el bramido misterioso .....	104
La cazadora .....	106
Resolución de un conflicto: el caso del ternero .....	106
<b>PALABRAS FINALES .....</b>	<b>111</b>
Fotografías .....	113

## Dedicatoria

A mi familia y a Rolando Orlich Saborío

## **Agradecimiento**

A la Coordinación de Investigación de la  
Sede de Occidente por el apoyo recibido para la  
publicación de este libro

## Presentación

La Coordinación de Investigación de la Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, bajo la *Colección Memoria Colectiva*, se encarga de publicar aquellos documentos y materiales que por sus características específicas permiten rescatar el patrimonio y la identidad cultural de las comunidades de su zona de influencia. Por ello, en esta colección se privilegian, entre otras, aquellas obras representativas de las artes, la cultura, la historia, la literatura, la filosofía, el folclore y el ambiente. El libro *Vivir para servir* de Miguel Ángel Arias Alpizar, nacido en 1923, reconstruye un fragmento muy significativo de la historia del cantón de San Ramón, y de manera más puntual, del distrito de Santiago, su tierra natal.

En el texto el autor efectúa una interesante aproximación a la historia de San Ramón del siglo veinte, lo cual lo ha llevado a incursionar en diferentes ámbitos: social, político, económico,

cultural y legal. Este hecho le permite centrar su interés en los cambios que ha experimentado la sociedad ramonense y mostrar el desarrollo de proyectos que han tenido un impacto positivo y en los que él ha sido uno de los principales protagonistas. Pero, implícitamente muestra cierto pesimismo en relación con la realidad actual en la que se han perdido muchos de los valores humanos que tuvieron plena vigencia en el pasado.

El libro ha sido estructurado en dos partes. Antes de la primera, a modo introductorio, aparece una presentación sugerente y literaria, que hemos denominado "La vida de don Miguel", escrita por el estudiante Alison Castillo Rojas, quien revisó el material recopilado por Álvaro Fuentes Quesada y lo complementó con base en las conversaciones que sostuvo con el autor, a quien siempre se le refiere como don Miguel, por el respeto que merece. La primera parte da cuenta de la biografía del autor mediante un diálogo con el contexto que le ha correspondido vivir y la segunda, recoge las

experiencias, anécdotas y relatos que revelan sus conocimientos y su capacidad para observar las costumbres y formas de trato entre las personas de su época. El texto concluye con un apartado breve titulado *Palabras finales*, en el que don Miguel deja un mensaje esperanzador a las nuevas generaciones y por supuesto, al público lector.

Se ha procurado, en todo momento, respetar y mantener el lenguaje empleado por don Miguel y no se ha alterado el orden y la secuencia de los temas que él presenta. Y aunque, en algunos casos existe reiteración, ésta se ha mantenido porque responde a una necesidad de énfasis sobre determinados aspectos. También se mantienen los datos y los nombres que don Miguel refirió en su elaboración discursiva de los hechos.

Como ciudadano ramonense y santiagueño, orgulloso de sus orígenes, don Miguel reflexiona sobre el pasado y lo compara con el presente, al hacerlo logra recuperar parte del patrimonio histórico y cultural ramonense, así como valores



fundamentales: la familia, la amistad, el trabajo, la solidaridad y muy especialmente, el espíritu de servicio que lo ha caracterizado a lo largo de su vida.

Dra. Magdalena Vásquez Vargas  
Coordinadora de Investigación  
Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

## La vida de don Miguel

Un hombre ha hecho una gran labor: se sienta, descansa y presiente la declinación de la luz en la indecisa tarde. Ese hombre ha visto ese mismo sol tambaleante y pronto a ocultarse. También ha visto la mañana, la aurora que dictaminó el inicio de su jornada. Miguel Arias Alpizar aprecia ahora, en el tiempo del descanso, lo que ha sido su vida, sus luchas.

Intuye que la voz, como ese sol, algún día se ocultará y que el silencio, será para él y todos los hombres, la lengua definitiva. Por esta razón, y sabiendo que hay experiencias y saberes que deben ser fijados en palabras, decide narrar sus principales esfuerzos y sucesos. En las entrevistas que don Álvaro Fuentes Quesada le realizó fueron acumulándose las palabras, como se acumulan los recuerdos cuando después de una larga ausencia, dos viejos amigos se encuentran. La referencia de las entrevistas llegó a mí ya un poco recortada, sin embargo, el texto mostraba la feliz confusión y asimetría de las gratas conversaciones. Mi labor consistió en ordenar

lo investigado por Álvaro Fuentes Quesada, algo así como lo que hace el recuerdo, según Borges, y agregar a esta información lo recopilado en las entrevistas que le realicé a don Miguel Arias, con el fin de completar los vacíos existentes en la información.

En estas conversaciones con don Miguel capté su valfa, su voz viva, trayendo en palabras la memoria; con ojos expresivos narra sus experiencias como: hombre, líder comunal, en fin, sabio conocedor de la vida. Escuchándolo contar sus experiencias cotidianas, familiares y sociales, se observa su participación en la historia ramonense. Muchos nombres están ocultos, muchas historias detrás de la gran historia permanecen escondidas, en una gran abstracción. Nuestros ojos ya no podrán ver lo que ocurrió, pues en la historia, generalmente se seleccionan solo los hechos a gran escala. Comprenderá entonces el lector la importancia, incluso, la fortuna de tener acceso a factores concretos que han incidido en la construcción de San Ramón.

La vida de Miguel Ángel Arias nos llevará a otro tiempo, nos permitirá construir una imagen mental

de las intrincadas calles y de las simétricas cuadras de un San Ramón atemporal. El pasado que lo construyó es un vago rumor, acaso una fotografía color sepia o el pétreo boyero que, sin tiempo ni espacio; imperturbable, se ubica al costado norte de la Catedral. Los documentos que han recopilado la historia y que pueden hablar con la voz del pasado, no son frecuentados. Su silencio es eco de la indiferencia que se tiene con respecto a los hechos, a los hombres y mujeres forjadores de lo que hoy se cree tan propio, tan gratuito.

Los acontecimientos descritos por don Miguel Ángel Arias Alpízar recogen su voz viva y sus valores, trayendo en palabras la memoria. Y, sin duda, muestran la relevancia de su existencia, en sus distintos aspectos: de hombre, de jefe comunal, en fin, de sabio conocedor de la vida.

Alison Castillo Rojas

Estudiante de la Maestría en la Enseñanza del Castellano y la Literatura

Universidad de Costa Rica

lo investigado por Álvaro Fuentes Quesada, algo así como lo que hace el recuerdo, según Borges, y agregar a esta información lo recopilado en las entrevistas que le realicé a don Miguel Arias, con el fin de completar los vacíos existentes en la información.

En estas conversaciones con don Miguel capté su valía, su voz viva, trayendo en palabras la memoria; con ojos expresivos narra sus experiencias como: hombre, líder comunal, en fin, sabio conocedor de la vida. Escuchándolo contar sus experiencias cotidianas, familiares y sociales, se observa su participación en la historia ramonense. Muchos nombres están ocultos, muchas historias detrás de la gran historia permanecen escondidas, en una gran abstracción. Nuestros ojos ya no podrán ver lo que ocurrió, pues en la historia, generalmente se seleccionan solo los hechos a gran escala. Comprenderá entonces el lector la importancia, incluso, la fortuna de tener acceso a factores concretos que han incidido en la construcción de San Ramón.

La vida de Miguel Ángel Arias nos llevará a otro tiempo, nos permitirá construir una imagen mental

de las intrincadas calles y de las simétricas cuadras de un San Ramón atemporal. El pasado que lo construyó es un vago rumor, acaso una fotografía color sepia o el pétreo boyero que, sin tiempo ni espacio; imperturbable, se ubica al costado norte de la Catedral. Los documentos que han recopilado la historia y que pueden hablar con la voz del pasado, no son frecuentados. Su silencio es eco de la indiferencia que se tiene con respecto a los hechos, a los hombres y mujeres forjadores de lo que hoy se cree tan propio, tan gratuito.

Los acontecimientos descritos por don Miguel Ángel Arias Alpizar recogen su voz viva y sus valores, trayendo en palabras la memoria. Y, sin duda, muestran la relevancia de su existencia, en sus distintos aspectos: de hombre, de jefe comunal, en fin, de sabio conocedor de la vida.

Alison Castillo Rojas

Estudiante de la Maestría en la Enseñanza del Castellano y la Literatura

Universidad de Costa Rica

120  
10.865  
5'0V

## PRIMERA PARTE

### BIOGRAFÍA DE MIGUEL ÁNGEL ARIAS ALPÍZAR

0162445

## **BIOGRAFÍA DE MIGUEL ÁNGEL ARIAS ALPÍZAR**

La vida mueve sus hilos de forma inescrutable, muchas historias comienzan en distintos lugares, a veces, muy lejanos entre sí, y se juntan por medio de sucesos sutiles dando por resultado que las vidas, antes paralelas, se crucen anudándose para siempre. El abuelo paterno de don Miguel Arias, llamado Julián Arias, se vino de Atenas y se casó con Petronila Vargas quien era de Palmares, donde contrajeron nupcias; Santos Alpizar y Procopia Barrantes, abuelos maternos de don Miguel, vinieron de Grecia y se casaron en Santiago de San Ramón, lugar en el que después vivirían.

A comienzos del siglo pasado, algunas familias se trasladaron de los lugares en los que habitaban hacia otros, en busca de mejores oportunidades y condiciones de vida, como sucedió con individuos de las provincias más alejadas que se dirigieron hacia la capital San José; no obstante, los movimientos de personas se dieron incluso dentro de los habitantes

del Valle Central. Tal es el caso del padre de don Miguel que cambió de horizontes. El debió venirse de su natal Atenas e instalarse en Santiago de San Ramón. Asimismo, la que sería su esposa, se trasladó junto con sus padres desde Grecia hacia Santiago. El caso es que en estas épocas se hacían denuncias de tierra, esto propició la movilización de las personas. Ambos se encontraron para siempre en esa tierra nueva, se casaron y allí nacieron sus hijos.

En efecto, José Arias Vargas, padre de don Miguel, le refirió a su hijo cómo conoció a doña Virginia Alpizar; o más específicamente cómo la entrevió, a través de las mercancías de la pulpería de los padres de ella, cómo la veía de reajo cuando pasaba a trabajar por el frente de su casa, y cómo en su lugar, lo recibía la que sería su suegra, doña Procopia, mientras él veía a la muchacha esfumarse entre los bizcochos de maíz, cuando él con la intención verdadera de verla y el falso pretexto de comprar algo se llegaba hasta su casa. Al fin, un día don José pudo hablar con doña Virginia y comprobó que el sentimiento era mutuo. El ocho

de mayo de 1923, nace don Miguel Arias Alpizar, en la que sería la tierra en donde brotarían sus esfuerzos, alegrías; en fin, su vida.

### *Trozos de la infancia*

Creería don Miguel, ahí, en Santiago, en medio de juegos que ahora extraña, que viven en su memoria como tesoros sencillos e invaluable. Lo dice con nostalgia, los juegos de su infancia, viven sólo en los recuerdos de los mayores, desterrados de las infancias presentes, cuyos juegos de luces deslumbrantes y de realidades inasibles son ajenos a todo encanto. En esos tiempos, cuenta, se jugaba fútbol, al gato y al ratón y se jugaba, por supuesto, al olvidado trompo de madera. En la Colmena, donde Benedicto Paniagua, jugaban chilate, bolero, trompo, tresillo; entre otros. La Colmena era un lugar donde las gentes se reunían durante el tiempo de ocio y se situaba en el cruce de Calle Santiago, por la Cuesta del Toro. El esparcimiento no era exclusivo de los niños, para la gente de más edad también existían formas de diversión en ese

lugar, tal es el caso de las carreras de caballos, con bestias de Palmares y de Naranjo; era una forma de reunión a gran escala, en donde en medio de la recreación se conocía a muchas personas. En esa época, cuenta don Miguel, no había por ahí ninguna cantina y la gente no entraba en disputas.

En Santiago, cuando don Miguel ingresó a la educación primaria, hace como setenta y cinco años, se fundó la primera escuela. Los maestros fueron don Trino Echeverría, quien también se desempeñó como director y doña René Salas, que era su asistente. En esta se impartía únicamente tercero y cuarto año. El segundo año se daba en la casa de don Porfirio Barrantes, la cual estaba junto a la escuela y la plaza de fútbol y el primer año en casa de don Procopio Barrantes. Esta escuela fue hecha por don Federico Villalobos y Samuel Barrantes. La primera escuela que hubo en Santiago se fundó en 1930 y la Junta que estuvo a cargo estaba compuesta por Cecilio Quesada, Santana Esquivel, Santiago Paniagua, Ovidio Ugalde y José Arias Vargas, padre de don Miguel. En esta época

no había ayuda por parte del Estado, por lo que las comunidades organizaban turnos para sufragar los gastos que la construcción de la escuela generaba.

Don Trino se movía durante el verano en bicicleta, y en el invierno a pie. El camino que transitaba era por donde los Carmelitas. El maestro de música era don Miguel Ángel Hidalgo y les enseñaba lo referente a las líneas del pentagrama y otras cosas. La lección se daba una vez al mes. Él tenía varios instrumentos: flauta, dulzaina y violín. En la Iglesia tocaba el órgano.

En la huerta, durante la clase de agricultura, sembraban millo, repollo, rábanos, maíz, frijoles blancos y lechuga. En estas clases se aprendía a trabajar con machete, pala, pico y otras herramientas empleadas para el cultivo de la tierra, esto las hacía muy interesantes para don Miguel al que le gustaba mucho trabajar con la pala ancha. Cuenta don Miguel que antes a los alumnos, los maestros les enseñaban muchas cosas: ejercicios, dibujos, oraciones y todo lo demás. También, les

enseñaban respetar a los mayores; existía buena comunicación entre los padres y los maestros lo que ayudaba mucho para la orientación de los hijos.

En esta época no había luz eléctrica, tampoco había cañería. Se recolectaba agua de algún modo, en ciertas casas había agua porque la hacían llegar a través de cañas de bambú. En Santiago tenían dos pajas de agua: una que se tomaba de la cordillera de los cinco cerros, la cual se encauzaba por medio de una paja hasta la casa de un señor llamado Encarnación Salas, de ahí se distribuía para otros sectores. La otra paja de agua la llevaban desde el río Grande hasta donde don Manuel Quirós, de ahí la llevaban hasta el trapiche por medio de una caída de agua y también se surtía al beneficio de café. Eran los años de 1930.

En la finca donde vivía don Miguel había un pozo artesanal ubicado en una ladera. Uno de los objetivos de este era conducir el agua hasta la parte baja de la finca para abreviar al ganado. Entonces el padre de don Miguel buscó a uno de los últimos picapedreros que quedaban en el

pueblo, se trataba de don José Antonio Alvarado, y lo contrató. El trabajo que debía hacer el picapedrero era realizar un "sangrado" al pozo, lo cual consistía básicamente en que, partiendo de un nivel determinado mucho más abajo que el fondo del pozo se llevaba el agua hasta donde estaba el ganado, el desnivel hacía que el agua fluyera hasta el lugar deseado. Don José Antonio fue y observó el trabajo, sacó sus medidas, marcó niveles y comenzó a hacer una zanja como de un metro de ancho hacia arriba, buscando el pozo para así llegar al mismo fondo. La tierra que se sacaba era acarreada por un carretillo hasta el final de la zanja. Luego, aproximadamente diez metros antes de llegar al pozo, dejaron de zanjar y continuaron con la construcción de un túnel hasta llegar al buscado fondo del pozo. El día que se hizo el tope con el pozo, salió gran cantidad de agua. Después don José Antonio hizo un trabajo con cemento y le colocó un tubo directo a la pila del ganado. Esa agua aún no se ha secado. El trabajo de don José Antonio tardó bastante tiempo. Según narra don Miguel, a su padre no



le importaba el costo del trabajo, puesto que decía, y decía muy bien, que el agua es más importante que el dinero.

La casa en donde don Miguel pasó su infancia se ubicaba por la calle vieja de Santiago, según relatos de don José Arias, esta calle vieja en la actualidad es la que pasa frente al retiro de los religiosos Carmelitas; ese camino se partía cerca de donde Encarnación Salas, conocido como Chon; tal camino llamado el de los "Chones" fue el primero que existió en Santiago. Llevaba hasta río Jesús, pasando por el alto de los Barrantes, y hasta La Colmena. A una distancia de 500 metros de ese lugar don José Arias compró un terreno, al que luego agregó otros con el fin de utilizarlos para la siembra, de esta forma se aseguraba la subsistencia de su familia. En esa época se sembraba, de acuerdo con don Miguel, entre otras cosas: maíz, frijoles y caña, además del cultivo de plátanos y de diversos tipos de verduras. Los terrenos de los Arias se extendieron y fueron dedicados a una mayor siembra de caña, y además a la construcción de

un trapiche, otros fueron destinados a la ganadería lechera, del ordeño tomaban para consumo propio y también para la venta. Algún tiempo después compraron una finca en Agua Agria, la cual el día de hoy es propiedad de Yolanda Orlich. Cuando fue propiedad de los Arias estuvo empleada en la ganadería y también en el cultivo de arroz y de frijoles. Este continuo vivir en medio del campo, así como el espíritu emprendedor de don Miguel, fueron llenando su cabeza de múltiples conocimientos, como se observará más adelante.

### *Juventud*

Algunos elementos se reunirían, entre otros, los ya referidos acerca del cultivo de caña por parte de la familia Arias, para prefigurar, lo que no mucho tiempo después se vislumbraría de forma aún más clara: el carácter de don Miguel, su preocupación por el bienestar de la comunidad y su decisión de luchar por los derechos. En efecto, las circunstancias propiciaron un contexto desfavorable para el productor campesino. En aquella época, alrededor

de los años cuarenta, comenzaron los trabajos en la Carretera Interamericana. La demanda de obreros era muy grande, las condiciones resultaban ser mejores trabajando para el gobierno en la construcción de la carretera que trabajando en la tradicional agricultura. De esta forma la actividad agrícola decayó, porque para los patronos igualar los salarios a los del gobierno resultaba imposible; de dos colones y medio al día que se le pagaba al jornalero, a más de nueve colones diarios percibidos por los peones gubernamentales, había un abismo insalvable. De tal modo que ya no había por aquel tiempo peones para la siembra y la cosecha, y ciertamente la agricultura había entrado en una grave crisis; incluso como es de suponer, las familias que no se vincularon de una forma u otra con el proyecto de la construcción, se encontraron de pronto, con tremendas dificultades para lograr el sustento diario.

Como consecuencia de este desajuste en la agricultura, los productos del campo empezaron a escasear y los precios subieron de manera

desconcertante, de tal modo aumentaron los precios y la adquisición de dulce implicaba toda una aventura, es decir, se podía hablar incluso, de contrabando de dulce, debido a las restricciones que la crisis agrícola propició con respecto a este producto. En aquel tiempo había un crematorio por el camino a Piedades del Norte, lugar al que llegaban "los Paceños", en este punto había que encontrarlos si se quería comprar dulce. Piedades del Norte se caracterizaba por ser el distrito ramonense que más dulce producía, tal estatus, aún lo mantiene. Si se hablaba de un "contrabando" de dulce no se exageraba. En aquellos días las autoridades casi absolutas en un pueblo eran el Resguardo y el Jefe Fiscal, eran ellos los que regulaban los precios de los productos agrícolas; de esta manera para eludir tal vigilancia, los "paceños" y sus compradores se encontraban en las afueras de la ciudad, donde la mirada de las autoridades no pudiera llegar. Tal estrategia era muy necesaria ya que, en realidad lo que las autoridades supervisaban era que el dulce no se vendiera a precios menores.

Don Miguel tenía un cañal, su hermano David también. Tales cañales eran colindantes. Para don Miguel aquella práctica era injusta, pues había personas que ni siquiera podían tomar aguadulce. El control estatal sobre los productos agrícolas era inaguantable. Así que un buen día le dijo a su padre que se iba al trapiche a moler, pues no había ley que lo impidiera y no estaban, en realidad, fijados los precios del dulce. Don Miguel pensó que con un poco de deseo, tales arbitrariedades se podían romper. Por aquella época él aún estaba soltero, era joven y por tanto, su padre pensó que era esa la razón de su obstinada idea, le explicó que, si insistía en sus propósitos, los bueyes se irían al fondo de un precipicio y él sería encarcelado por desacato. Aun así continuó en su empeño, porque lo supo justo y necesario. Le compró el cañal a su hermano; cortó la caña, sacó cien tamugas de dulce en cuatro tareas y las llevó al mercado, a la plazoleta, al centro mismo de la ciudad. Antes de salir, su padre le hizo saber que si a las once de la mañana no regresaba, lo vendría a sacar de la cárcel y a los bueyes del fondo, con este respaldo salió a las cinco de la mañana de

su casa. Don Miguel explicaba que aquella situación era inaguantable ya que, ellos teniendo trapiche debían comprar a precios exorbitantes el dulce y así muchas familias.

Cuando llegó a la plazoleta del mercado cuadró la carreta con los bueyes y descubrió el dulce que venía tapado con una lona. En aquel tiempo, explica, la mercadería se protegía con manteados de este tipo, pues los caminos de tierra llenaban de polvo todas las cosas. Clareaba apenas la madrugada y todo era azul... al momento comenzó a vender el dulce. El Sargento de la policía, don Rafael Hernández, llegó a ver lo que pasaba, ante la expectación del oficial, don Miguel sin inmutarse le dijo que estaba vendiendo dulce a dos pesos la tamuga, que si quería le podía vender. Hubo silencio, salió sin decir nada. Evidentemente se fue a denunciarlo, pues don Miguel no había declarado a las autoridades que iba a moler, a tal punto llegaba el control estatal. Ese día terminó la venta más temprano de lo previsto, dobló el manteado, lo colocó en la compuerta de adelante

y se regresó a su casa, llamando a los bueyes, pues en el centro no era permitido arrearlos estando montado en la carreta.

Don Drontes Hernández tenía un negocio por la esquina que estaba cerca de la plaza Rafael Rodríguez. En ese negocio había dos policías. Contrario al uso de la época, don Miguel guió a los bueyes desde la carreta, dentro de la ciudad. Los policías apenas lo divisaron, siguieron la carreta, la rebasaron y se pusieron delante de su camino; quisieron detener los bueyes pero don Miguel no se detuvo, se los echó encima, le dijeron que estaba detenido pues había roto las leyes comerciales con respecto al dulce. Don Miguel respondió que solo había vendido lo que era suyo. A esto los policías respondieron que sólo cumplían órdenes y que había una orden de captura en contra de él. Don Miguel, imperturbable, respondió que ellos conocían donde vivía, que allá se lo fueran a traer con sus bueyes. Se había montado en la carreta y sabía que no lo podrían bajar, siguió en paz su camino hasta la casa, desenyugó y contó lo sucedido

a su expectante familia. La gente supo la noticia y a partir de su ejemplo todos comenzaron a vender sin miedo del Resguardo ni del Jefe Fiscal; el primero que siguió la valiente iniciativa de don Miguel fue Ramón Matamoros, quien vivía en San Pedro y tenía ahí su trapiche. Como se dijo, la crisis en materia agrícola propiciada por la construcción de la Carretera Interamericana y el control estatal con respecto a los precios de los productos, si bien es cierto fue un episodio oscuro para muchas familias dependientes de los trabajos del campo, asimismo sirvió para que surgiera y se comenzará a perfilar la figura de un hombre que dedicaría su vida al servicio de la comunidad.

### *Tiempos de la Guerra Civil de 1948*

Los procesos sociales e históricos de Costa Rica no siempre han sido pacíficos como se ha afirmado muchas veces, la represión estatal comentada en las anteriores líneas es un ejemplo a pequeña escala de que la historia costarricense no está precisamente construida de situaciones amenas. En 1948 don

Miguel contaba con veinticinco años de edad; en esta época se dio en Costa Rica un fenómeno social, que la historia lo denominó la Revolución del 48; en este hecho todo el pueblo costarricense se vio involucrado. Desde las experiencias de don Miguel se puede concretar y dar rostro a lo que la historia solo brinda por medio de intangibles números. Lo que se conoció como revolución, dejó muchas huellas en los habitantes de aquel tiempo, aun siendo gentes de paz, la gran mayoría campesinos.

Cuando don Miguel era joven, los pequeños acontecimientos producto de las tensiones de la Guerra Civil habían puesto un alto en la vida de todos, inclusive el tiempo parecía detenerse, solo el cambio en los cielos refería la llegada de la estación lluviosa y su mensaje claro y directo de que si no se alistaba la tierra para la siembra, no habría comida al año siguiente. Por aquellos días, don Miguel, vivía en la casa de sus padres en Santiago en donde tenían un pedazo de tierra usado para la siembra de maíz. Un día, estando en la tertulia de la tarde con su familia, le dijo a su papá que se proponía ir al día

siguiente a alistar la tierra para la correspondiente siembra, ya que las lluvias estaban a las puertas, iría según es uso a "lomillar" que es la primera palea, la cual consiste en "volcar" una pequeña porción de hierba y preparar la tierra con precisión. Esta práctica era igual todos los años cuando los terrenos se aprestaban para la siembra del maíz, por tanto, no había nada extraordinario en esa faena. Nadie intuyó que el maíz y los frijoles sería un tema importante en el contexto de la Guerra Civil.

Por aquel tiempo, según don Miguel, en la troja de la finca abundaba semilla de calidad y variada; ningún signo en la naturaleza prefiguraba malas cosechas; todo lo contrario, se dibujaba en los cielos un buen clima y la luna era propicia, incluso las habituales aves que desenterraban las semillas escaseaban. Todo prometía siegas abundantes y necesarias. En ese entonces no había agroquímicos, todo era natural, la tierra por sí misma daba sin mengua sus frutos. Después vinieron las quemas y los químicos, esto malacostumbró a la tierra. Lo que sí se hacía por aquella época era atender los

cultivos con abonos naturales, también se le quitaba la maleza a las eras.

Don Miguel escuchaba a los mayores, los cuales, con sus rostros graves advertían sobre la necesidad de tener cuidado con unos soldados guarecidos en el Palacio Municipal (edificio donde actualmente está el Museo de la Universidad de Costa Rica). Tales soldados estaban bajo el mando de un coronel nicaragüense llamado Modesto Soto, hombre de ingrata memoria para el pueblo ramonense. Así pues, como se ha referido, don Miguel se preparaba para realizar la lomillada del terreno, ajeno a asuntos políticos. De pronto, aparecieron unos soldados del Coronel Soto y lo tomaron prisionero. Allí dejaron el machete, el calabazo y la pala. Antes de llevarlo prisionero revisaron la casa y la troja, al marcharse junto con él tomaron una gran cantidad de frijoles, afortunadamente habían podido esconder otra cantidad. Los soldados infames lo llevaron hacia el cuartel, donde permaneció hasta que dos amigos intercedieron por él, esa intervención propició que

lo dejaran por fin irse a su casa, a la cual llegó con la espalda cansada y con el estómago vacío, porque no contentos con llevarse los frijoles, lo obligaron a que los cargara hasta el cuartel. Esa fue la primera vez que le vio la cara a la llamada Revolución.

El camino hacia la casa de don Miguel no fue olvidado por los soldados del Coronel Soto, tiempo después irrumpieron nuevamente, esta vez fueron más allá, hurtaron nueve reses y una yegua, ganado y bestia que habían costado una vida de trabajo a su familia. Como si nada pasara, guiaron al ganado directamente hacia el rastro municipal para sacrificarlo, las matanzas sirvieron para satisfacer unas pocas gentes partidarias de Calderón Guardia que llegaron a llevar carne. La yegua se quedó en el cuartel, la utilizaron para patrullar por el pueblo. No contentos con este atropello, los soldados de Soto volvieron a apresararlo, sin ninguna justificación.

Su padre, presintiendo que aquellos asaltos no se iban a acabar, sino que tendían a aumentar, ordenó que le quitaran las llantas a un jeep que

recientemente había adquirido, pues pensó que de esa forma se eximiría de la confiscación. Las sospechas de don José Arias fueron confirmadas, de nuevo llegaron los soldados con la orden terminante de llevarse el vehículo. Cuando lo vieron montado sobre las tucas y no sobre sus llantas se pusieron furiosos y con rabia ordenaron a don José que les mostrara el paradero de las llantas, él respondió negativamente, que acaso sus hijos lo sabrían. De esta manera, cuando don Miguel y sus hermanos estaban jugando fútbol en la plaza del pueblo, arribaron los ansiosos soldados preguntando por ellos. Don Miguel contestó identificándose y de inmediato lo tomaron preso, una vez más. Bajo amenaza de llevarse a su padre, no encontró más opción que indicarles el escondite de las llantas, y sin más remedio debió ayudar a quienes lo despojaban, puesto que le correspondió colocar las llantas. Una vez más fue llevado preso al cuartel, y de la misma manera, fue liberado sin intervención. Cuando pasó la Revolución, el Jeep amarillo apareció destruido completamente, en una peña llamada El Empalme, camino a San Isidro del General, sin que sus dueños

legítimos pudieran recuperar ni un solo repuesto. El carro nuevo que se había ido a cambio de su padre, yacía ruinoso y dilapidado, para siempre perdido.

La Revolución fue dura, los saqueos se daban por igual en todas partes. Don Miguel escuchaba a su padre decir para consolarlos que pronto todo eso pasaría, que ningún gobierno duraba toda la vida, según su entender todas las revoluciones tenían un final y, sabiamente, concluía diciendo que esa no sería distinta. Como se ha dicho, la situación se había vuelto insostenible, por lo que don Miguel, compartiendo el sentimiento de muchos de sus vecinos se decidió a luchar. Recordó un nombre: Teófilo Herrera. Recordó las circunstancias, y entrevió la posibilidad. Teófilo Herrera estaba dentro de la finca de Francisco Orlich, conocido como Chico Orlich, ubicada en La Paz de San Ramón y en ese lugar se estaban enlistando muchos que deseaban luchar. Entrar a esa finca costaba mucho, había un gran portón, don Miguel sabía que para poder ingresar era necesario presentar un papel

con una referencia de alguien conocido por ellos, así lo hizo y entró. Don Chico Orlich, llegaba de vez en cuando. Tenía otros asuntos aparte de orientar a la gente que se encontraba en la finca de La Paz, es decir, en otros lugares también tenía que involucrarse para conseguir el triunfo.

Los muchachos que estaban preparándose para la lucha eran muy inquietos. Una vez, por cuenta propia, planearon y ejecutaron una incursión armada al pueblo de San Ramón. Aquello se llevó a cabo durante la noche. Fue por la parte norte del cantón que ingresaron. Todo fue rápido, hubo gran cantidad de tiros, la noche se iluminó tenuemente por el fuego azul de las detonaciones. Hubo, además, dos muertos, uno por cada bando, los números mostraban un empate, el cual permitió pronosticar a quienes sabían de enfrentamientos bélicos, el poderío verdadero del Coronel Soto y sus soldados. Don Miguel recuerda con especial reconocimiento a don Chanel Jiménez, quien era el enlace entre la tropa de La Paz y otros compañeros que estaban afuera. Fue un hombre valiente.

Cuando llegaron con las anheladas nuevas del triunfo por parte de las tropas de don Pepe Figueres y de don Chico Orlich, los soldados del Coronel Soto estaban en San Ramón bien armados y con muchos vehículos, cargaron todo lo que pudieron y emprendieron la huida hacia Nicaragua. Cuando don Miguel y los hombres de Orlich en San Ramón supieron que huían por la carretera hacia Puntarenas, se decidieron a impedirlo, la idea era retrasarlos en tanto las tropas de Figueres, que suponían iban para allá, llegaban.

En el tajo Magallanes había mucha piedra con forma de clavo. Estas miden aproximadamente un metro de largas, son como grandes colmillos de piedra. Entonces don Miguel, junto con don Tobías Barrantes, Heriberto Jiménez y otros vecinos de Santiago, tuvieron la idea de lograr el buscado retraso con la ayuda de las puntiagudas piedras. La idea era ponerlas sobre la carretera, a fin de entorpecer la huida de los soldados. Don Tobías trajo una yegua para acarrear las piedras, debían trabajar con rapidez, los que huían pronto pasarían



por ahí. La calle fue cruzada totalmente por piedras. Se escucharon los motores y los disparos, pues los soldados de Soto habían huido en medio del estropicio de la pólvora con el fin de intimidar a la población. Cuando divisaron las piedras en su camino se bajaron de los vehículos y comenzaron a disparar hacia la parte alta de la colina, lugar en el que se resguardaban los que quisieron retrasarlos.

Tobías Barrantes se bajó de su caballo y lo amarró a una cerca y todos se dieron a la fuga, pues los tiros los buscaban amenazantes. Los soldados llegaron hasta el punto donde había quedado el caballo amarrado y le robaron la montura. Don Miguel se escondió en la parte más alta del Tajo y se refugió detrás de una inmensa piedra viva. Cada vez que los disparos se estrellaban contra su escudo, se levantaba una polvareda espantosa. Don Miguel, hecho un puño, se atrincheraba esperando que los disparos menudearan y pasaran. Más abajo en unas piedras llamadas Las Gemelas, don Abelino Cambronerero y su hijo Fernando, quien siempre fue muy valiente, junto con otros vecinos, estaban

encargados de dinamitar las piedras para lograr el retraso definitivo de los soldados de Soto. Sin embargo, tal fue el acoso y tiroteo de los soldados que resultó imposible. De hecho, huyeron para evitar ser alcanzados por el indiscriminado fuego que les lanzaron. Ante esta situación todos tuvieron que fugarse por entre las montañas. Los soldados y el Coronel Soto pudieron escaparse.

### *Tiempos gratos: noviazgo y matrimonio*

Pasados estos hechos infaustos, vinieron otros mucho más gratos para don Miguel. Después de seis años de noviazgo con doña Imelda, se casó. Recuerda con un poco de pena, la primera vez que su suegro lo vio con la muchacha. Sin embargo, él decidió hablar con su futuro suegro y pedir la visita. Es decir, permiso para visitarla en calidad de novio. Para tales efectos siempre se daban horarios e incluso días específicos para visitar, cuestión que dicho sea de paso, está muy en desuso en estos días. Don Mario Hidalgo, su suegro, le dijo que fuera los domingos de cuatro de la tarde en adelante.

Don Miguel pidió que fuera de cuatro a cinco de la tarde, puesto que tenía que estar en la casa a las seis, ya que a esa hora se rezaba el rosario y no se permitían ausencias a ese ritual familiar. De este modo comenzó a visitar a Imelda. Don Miguel siempre le pedía permiso a sus padres para ir a visitar a su novia o para salir a cualquier lugar.

Un día el padre de don Miguel le dijo que si se pensaba casar, lo hiciera sin demorarse, pues reconocía que su futura nuera, era una buena mujer. Además, le hizo saber lo injusto de no casarse después de tanto tiempo de ser novios. Don Miguel no deseaba casarse todavía, entre otras cosas porque veía como los casados se llenaban de gran cantidad de hijos, él prefería dar un tiempo prudencial. Sin embargo, se decidió. Entonces se fue a hablar con el padre de doña Imelda. Ante esto don Mario le dijo que necesitaba tiempo, ya que él esperaba junto con su esposa un nuevo hijo, por tanto, debían esperar que pasara la cuarentena. Todo estuvo bien entre don Miguel y su suegro. No obstante, el novio olvidó un detalle, detalle que

aún es reclamado por doña Imelda: habió primero con el suegro y no con ella. En los días en que se iban a casar, había otra pareja con la misma ilusión, de este modo se propuso una gran fiesta para las dos parejas. El día sábado debían realizarse ambas ceremonias, pero Doña Imelda enfermó. Entonces hubo dos días de bodas, el sábado y el domingo, el segundo día se casó don Miguel con doña Imelda. Don Miguel sospecha que más bien alguien se acogió a la creencia de que dos hermanos no deben casarse el mismo día, ya que la otra boda era la de Ana María, su hermana.

En los matrimonios se acostumbraba dar uno o dos tragos de guaro a la gente mayor y había vino o rompopé para las mujeres, a ellas no se les daba esta bebida. En las fiestas matrimoniales era tradición matar un cerdo y una res por lo que se servía: estofado, frito, lomo, picadillos, torta de arroz, y otras cosas. La música la propiciaban grupos del mismo distrito, los que tocaban guitarra, bandolina y acordeón, para amenizar el baile. Los regalos de bodas eran imágenes de santos y

utensilios de cocina. Don Víctor Hidalgo tenía un almacén en San José. En una caja echó cubiertos, cuchillos, tenedores, platos, una navaja de afeitar y otras cosas, ese fue su regalo. Aún quedan algunos trastos en la casa de ellos. Fue en la iglesia de San Ramón donde don Miguel y doña Imelda contrajeron nupcias, los casó el padre Sergio Blanco el 13 de marzo de 1949. Mucha gente asistió, entre las dos familias e invitados. El almuerzo fue donde la novia, la música era en ambas casas. Entre las dos y las tres de la tarde se montaba a caballo y se iba a la otra casa.

Ese mismo año en que don Miguel contrajo nupcias con doña Imelda, él había hecho una pica en una finca de su padre, la finca había sido comprada a Rafael y Manuel Durán, conocidos como "Los manilas". El padre de don Miguel le dio una ladera que estaba cerca del playón. La llenó de fuego, la cercó y sembró en ella dos cajuelas de arroz y un mateado de maíz; cada cuatro varas, con la intención de buscar el lado saliente. Junto a la

quebrada construyó un pequeño rancho, el cual era menester para realizar faenas como la de desyerbar arroz, la cual se llevaba a cabo en abril, puesto que en ese tiempo se sembraba en seco, y durante el mes de marzo llovía. Ya para finales de agosto el arroz empezaba a tornarse rubio. Así pues, alistó manteados y sacos, pues el arroz estaba ya dorado.

El nuevo matrimonio vendía como treinta colones semanales de leche a Edwin López, ese dinero iba engordando poco a poco una alcancía. Cuando pasó algún tiempo, se encontraron con que en la alcancía había mil cincuenta colones, de esta forma compraron tres vacas, el negocio fue con Ñeco Morales y cada vaca tuvo un precio de trescientos cincuenta colones. Como podrá suponerse, la producción de leche rebasaba la medida de un tarro, entonces don Miguel adquirió otro. Esta vez el negocio fue con Yayo Zamora y el tarro tuvo un costo de veintisiete colones. Tal tarro tenía una capacidad equivalente a las veintiocho botellas. Don Edwin, después de haber hablado con don Miguel, aceptó comprar toda la producción.

Conjuntamente con su vecino Azarias Barrantes, vendía aproximadamente cincuenta botellas diarias. La leche, en ese entonces, se transportaba en el bus de Puntarenas. Ese negocio fue muy bueno, de ese modo don Miguel dejó de jornalear y se apartó de los trabajos de la finca paterna. Con la cosecha del arroz obtuvo seis mil colones, que le sirvieron para adquirir una finca propiedad de don Reinaldo Salas. Después fue comprando otros terrenos. En esta época junto a su esposa vinieron otras cosechas, las primeras de este tipo: nacieron sus tres hijos mayores.

### ***Los vecinos: problemas y amistad***

Cuando don Miguel compró una finca en La Angostura, se le entregó con media cerca y él la arregló de forma correcta según el uso. Toda la cerca estaba en mal estado. El colindante era don Guillermo Figueroa y manejaba la finca desde su hermosa casa de amplios corredores. Él era un hombre robusto, de piel blanca y siempre vestido de armi, solía cubrirse su cabeza con un casco

beige. En esta época, tanto la costumbre como la Ley de Cercas indicaban que cada uno de los dos colindantes debía mantener y construir la parte que le correspondía: "La mitad y mínimo a tres hebras y cada dos metros, poste con poste".

Resulta que Guillermo Figueroa había alquilado su finca a Aquiles Delgado, pues este la necesitaba para que en ella pastara su ganado. Como las cercas de Figueroa no estaban en buenas condiciones, el ganado de Aquiles invadió los terrenos de don Miguel. Los animales maltrataron las siembras y perturbaron la tranquilidad de los suelos. El primer día no hubo daños, nada más el ganado atropelló el maíz y el arroz. Entonces don Miguel arreó el ganado hacia el lado de Guillermo, después fue a buscarlo a su opulenta casa y le pidió el favor de arreglar las cercas vulneradas. Casi al día siguiente, el ganado volvió a irrumpir con hambriento paso en el terreno de don Miguel, lo que había permanecido sano después de la primera irrupción fue devastado, quedando el campo maltratado por un estropicio de pezuñas. Cuando don Miguel presencié toda

aquella destrucción, tomó de inmediato el rumbo del pueblo con la consigna de encontrar a Rafael Loria Cruz, quien era el policía del pueblo y con él se quejó. Él vino y se llevó el ganado para donde don Guillermo, quien ante el requerimiento del oficial prometió que al día siguiente arreglaría las cercas.

No obstante, los animales continuaban cruzándose y destruyendo la siembra de don Miguel. Como no había intenciones de arreglo, entonces apeló a una instancia superior, es decir, al jefe político que era Francisco "Chico" Soto Badilla, al cual le hizo saber el problema, pidiéndole el favor de que arreglara la situación. Después de explicarle la Ley de Cercas, el jefe político hizo una carta en la que le otorgaba al señor Guillermo Figueroa veinticuatro horas para corregir el asunto, de lo contrario debía enfrentarse a las consecuencias legales de tal desacato. Don Rafael Loria, el policía, fue a entregar la carta a la casa de amplios corredores. Cuando don Guillermo la leyó se puso tremendamente furioso. Como era un sujeto de carácter militar, tenía un arma de fuego. El policía,

temiendo una represalia sanguinaria, le advirtió a don Miguel el peligro que corría.

Don Miguel frecuentemente viajaba al centro de San Ramón; sin embargo, los domingos prefería escuchar misa en Esparza. El domingo siguiente, como de costumbre, fue a Esparza, en compañía de Dagoberto Herrera y después de la misa, fueron a una pequeña soda a tomarse un refresco. Cuando cruzaron el umbral, don Miguel notó la inquietante presencia de don Guillermo, estaba junto al suegro de Dagoberto, se saludaron, no con la mano, sino con un gesto inexpresivo y comprometido. Don Miguel quiso salir, para evitar problemas, Figueroa lo plantó en el suelo con su voz, le dijo que esperara, pues debían hablar. Don Miguel salió y lo esperó afuera en la acera. Esta vez las amenazas fueron directas, no hubo necesidad de recados ni de suposiciones. Entreviendo la intención, don Miguel le hizo saber que él no tenía armas, que le diera el tiempo necesario para conseguir una. Figueroa a su vez le hizo saber que él no sacaba el arma solo para que se la vieran. Hubo un silencio tenso y cada quien tomó su camino.

El día siguiente, don Miguel se vino para San Ramón, con la ingrata diligencia de adquirir un arma, pasó por la tienda de Elías Zaglur Srur y en la vitrina estaba una pistola en exhibición; con determinación entró, la compró en trescientos cincuenta colones junto con una caja de tiros. El martes, al día siguiente, como de costumbre se levantó a ordeñar, luego fue a dejar el ganado en la parte baja de la finca, la intención era estar en medio del camino cuando volvía, para encontrarse con Figueroa, ya que el bus que lo transportaba lo dejaba siempre en la entrada de ese camino, este sendero era muy solitario y no había casas. Don Miguel esperaba ansiosamente con sudor frío y las manos alertas, sabía que Figueroa se bajaría del bus en la entrada del camino y que terminaba el trayecto a caballo. De pronto en la distancia se escuchó el golpe seco de los cascos apresurados de un caballo. Tras la polvareda creyó ver a Figueroa, imponente sobre su caballo, pero no era él, era el peón que siempre lo acompañaba. Don Miguel lo saludó con la mano y aguardó al segundo jinete que ya se insinuaba a lo lejos. Quedarían frente a

frente en medio del despoblado camino. Al verlo don Miguel sintió como una espuma brotando en su estómago, el hombre venía como siempre con el arma al cinto y don Miguel traía la suya oculta. Respiró y ya el aire era distinto, el corazón fue más rápido que el repiqueteo metálico de los cascos atronadores. Al fin se tuvieron el uno frente al otro. Silencio, el instante que lo esperó fue una eternidad, pero ese instante que creyó decisivo solo fue un lapso lento y silencioso en el que don Miguel saludó a Figueroa, pero él le quitó el rostro de encima y pasó montado en su caballo. Cuando don Miguel se volteó, solo se le veía la arrogante espalda. Ahora, únicamente quedaba el rumor del galope y un sudor helado sobre el metal dormido. No había pasado nada. Los tres martes siguientes don Miguel hizo lo mismo. Figueroa nunca hizo nada.

Pasados dos meses Figueroa le vendió una vaca al carnicero don Manuel Hernández. Tal vaca era un animal muy bravo. Nadie podía sacarla de la finca debido a la bravura. Entonces Figueroa, mandó al peón a llamar a don Miguel, puesto que debía sacar

al animal y necesitaba de la ayuda de él, mandó a decir también que pagaría por ese trabajo. Don Miguel le dijo al peón que si iba a ayudarlo y se fueron los dos juntos. Don Miguel tenía una bestia muy buena para el ganado que podía ayudarlo en la tarea. Al fin se decidió a sacar a la bravia vaca. El capataz le hizo saber que Figueroa prefería que no se le pusiese bestia a la vaca para sacarla. Entonces don Miguel le dijo a quien le ayudaba que se fuera adelante abriendo portillos y tranqueras. La amarró y de inmediato la vaca se le vino encima. De este modo la fue llamando hasta el corral, donde la encerraron, don Miguel le dijo al capataz, que se podía ir, pues él se encargaría de subirla al camión, ya que había que advertirle al camionero que la vaca era un animal peligroso, para que no la soltara y fuera a lastimar a alguno. Cuando fueron las diez de la mañana cargó la vaca y la despachó. Después, el camión se retiró y se vino para San Ramón, por su parte don Miguel se quedó en el corral.

Figueroa salía todos los sábados. Al pasar por la casa de don Miguel le dijo que venía a pagarle y a

agradecerle el excelente trabajo que había hecho cuando sacó la vaca. Don Miguel le contestó con estas palabras: —No don Guillermo, los vecinos son para ayudarse, no para crear problemas— Ante esto, Figueroa sacó cinco avergonzados colones y se los dio a Flory, la hija que había salido junto con don Miguel.

Ahora después de tantos años, don Miguel comunica, que entre muchas cosas, la vida enseña que un bien siempre, de algún modo, se retribuye con otro, con la particularidad de que ese bien retribuido se aumenta muchas veces. Un día, entre tantos, apareció Figueroa con su ropa beige, pidiéndole a don Miguel que le ayudara a vender la finca, pues consideraba ya no estar para esos trotes. Don Miguel habló con don Wilfredo Ocampo, el posible comprador, este le indicó que le mandara una bestia a la carretera para el otro día entrar a las siete de la mañana. Don Miguel le mostró la finca y se lo llevó para que hablara con Figueroa. No se pusieron de acuerdo ese día, pero quedó la espina. La finca estaba valorada en cuatrocientos mil

colones. Durante las negociaciones, ambas partes le preguntaban por la opinión de la otra parte, pues don Miguel se había convertido en el intermediario. Nuevamente se trajo a don Wilfredo, entonces Figueroa y Wilfredo ya hablaron de hacer el trato pero en moneda nacional. Figueroa, por consejo de don Miguel, defendió seis meses de pasto para el ganado, entonces Wilfredo le dijo que se arreglaran entre ellos dos, porque don Miguel era quien le iba a administrar la finca. Luego, ambos negociaron el ganado, tal negociación fue muy favorable para don Miguel porque las setenta y dos reses se las vendió baratas, inmediatamente don Miguel aceptó el negocio y ni tan siquiera le pidió rebajas. Fue una valoración de ganado en dos clases: grandes y pequeños. A las nueve de la mañana de ese día, ambos, en buena compañía, tomaban el café en la casa de amplios corredores de don Guillermo. Don Guillermo le pidió por adelantado diez mil colones a don Miguel, él aceptó pero como no los tenía don Miguel fue donde Manuel Hernández quien era carnicero, a pedirle el dinero y él se lo pagaría con ganado; en ese mismo momento don Miguel le vendió diez vacas más.

El veinticinco de diciembre, don Guillermo Figueroa le mandó a decir a don Miguel que como regalo, escogiera la mejor bestia que tuviera en la finca. Escogió una potranca retinta, la llamó Regalo. Dios nos cría en el bien, puesto que cuando nacemos no los podemos distinguir, dice don Miguel. La amistad se mantuvo por siempre y para don Miguel ha sido una grata experiencia, ver cómo algo que nació en medio de la hostilidad y de la controversia, se tornó en una amistad sincera.

Don Guillermo murió en 1969, casualmente el mismo día en que murió don Francisco Orlich Bolmarcich. Cuando esto aconteció, don Miguel estaba en un seminario en Panamá, donde llegaron con la noticia del deceso de don Francisco. El presidente de Panamá de apellido Torrijos fue a darle el pésame de don Francisco a todos los costarricenses que estaban participando en el seminario. Don Miguel ignoraba que aquel pésame estaba incompleto, pues su amigo Guillermo Figueroa también había muerto y don Miguel no supo nada hasta que llegó a su casa.



### *Vida de líder comunal*

Cuando Ana Cecilia, su hija, estaba por entrar a la escuela, don Miguel consideró necesario adquirir un terreno cerca de la institución Carlos María Jiménez Ortiz. En ese sitio vivieron durante cuarenta y siete años. Además aquí, don Miguel comenzó a involucrarse en asuntos de bien comunal, participó en la Junta de Educación de esa Escuela y también en la Junta Edificadora de La Angostura. Cuando realizaba su labor en estas Juntas, primordialmente la construcción de la escuela, en el caserío no había cañería. En ese entonces el agua para consumo se acarrea en estañones; los bueyes eran los que la trasladaban por los arduos caminos, uno de los yunteros que se ocupaba de este oficio era conocido como Chiche Esquivel. Los jefes comunales de Santiago, con el apoyo de los pobladores, realizaron dos grandes faenas en un mismo periodo: la construcción de la escuela y la disposición de las cañerías. En ese tiempo solo había trece casas en La Angostura.

El Comité de Cañería estaba conformado por Azarias Barrantes Paniagua, Aquiles Delgado Huertas, Jorge Hidalgo Quesada, Rafael Loría Cruz y don Miguel. Cada quince días viajaban a San José a verificar los avances del proyecto. El último viaje que realizaron fue muy grato: Don Azarias y Don Miguel, quien era el Presidente del Comité, recibieron la noticia de que ya las tuberías podían ser retiradas, las cuales se encontraban depositadas en el plantel del Ministerio de Obras Públicas y Transportes (MOPT), ubicado en Chacarita de Puntarenas. Cuando fueron a retirarlas el funcionario del Ministerio les hizo saber que debían cubrir veinte colones por cada tonelada. Los dos enviados no iban preparados para tal eventualidad, sólo contaban con el dinero justo para sus gastos personales; por tanto, no podían cancelar un monto que ascendía a casi los ciento cincuenta mil colones. De este modo se vieron en la necesidad de acudir a don Roberto Losilla Gamboa, el cual ostentaba un puesto en la Asamblea Legislativa, lugar al que se dirigieron, con la esperanza de recibir un préstamo, para

luego con el dinero solicitado traer la anhelada tubería. Don Roberto, con la única garantía de la palabra de los dos hombres, rubricó la firma de un cheque que les hacía acreedores de las tuberías.

Entonces desde San José se trajeron las órdenes para retirarlas y a eso de las cuatro de la tarde, se habló con don José y con don Ismael Arias, hermanos de don Miguel, que tenían los camiones de carga requeridos, se les contrató, para que al día siguiente por fin se pudiera contar con la esperada tubería. Después de esto, don Azarías y don Miguel caminaron por el caserío y fueron avisando a los vecinos, a todas partes fue llevada la noticia. La intención de estas visitas era la de recaudar una colaboración entre los vecinos. Al otro día, después de varios viajes hechos a Puntarenas, la cañería pudo ser vista en el caserío, para regocijo de todos sus habitantes.

En esos días se creó el Servicio Nacional de Acueductos y Alcantarillados (SNAA), el cual se encargó de realizar un estudio de factibilidad de la cañería, lo que se tradujo en múltiples

problemas para don Miguel y sus vecinos. Pues, pasado algún tiempo recibieron un comunicado de la Institución en el que se mencionaba que no era rentable instalar la tubería en ese sitio, por lo que se llevarían los tubos para ponerlos en otro lugar que sí fuera rentable. Eran tubos de hierro colado que metieron en las propiedades de los vecinos para que no se los pudieran llevar. El día en que llegaron a retirarlos en los camiones, los vecinos se plantaron y no permitieron que los sustrajeran. Así las cosas, presionaron al SNAA, institución que no tuvo otra opción más que apoyar con la contratación del maestro de obras y un fontanero, por su parte los vecinos pondrían la mano de obra.

La comunidad puso el zanjeo, se le marcaba a cada peón el área que debía excavar a pico y pala. En lo de la cañería duraron como tres meses y todo salió de la mejor manera. Ese fue el primer proyecto que se desarrolló en La Angostura. Posteriormente, se llevaron a cabo los proyectos de la escuela y de la ermita, en los que se tardó un año. La escuela se hizo con aportes de la comunidad y del Ministerio

de Educación. El proyecto de la escuela se atrasó por la llegada tardía de unos materiales como: zinc y madera. La construcción de la Iglesia fue financiada por el pueblo.

Estas fueron las primeras experiencias de don Miguel en el trabajo para la comunidad. En 1969 le llegó una invitación para ir a un seminario, en Las Posadas de San Isidro de Coronado. Quince días duró ahí estudiando; don Miguel, junto con otros compañeros, salió a organizar el cantón. Las primeras asociaciones que lograron formar fueron la de Santiago y San Pedro, anteriormente ya existían dos asociaciones, de acuerdo con lo que establecía la ley se necesitaban cuatro asociaciones para formar la Unión Cantonal de Asociaciones. Por esos días, se había fundado la Dirección Nacional de Desarrollo de la Comunidad (DINADECO). Cuando lo invitaron al Seminario don Miguel tuvo que conseguir peones para adelantar la riega; pues el inicio de la riega era desde finales de septiembre hasta el veinte de octubre y el quince de octubre comenzaba el Seminario.

Según la experiencia de don Miguel, debería llegarse a un gobierno local y a un partido local que cumplan con la faena de toda la labor municipal. Fundamentalmente, debería nombrarse a un alcalde de reconocida capacidad de trabajo. En otras palabras, don Miguel entiende que debería eliminarse la politiquería de la gestión municipal. Además, los vecinos de la comunidad deben colaborar denunciando los malos manejos de los bienes municipales. Para tales efectos don Miguel propone un grupo apolítico que se concentre en luchar por el bien de la comunidad, pues siente que en San Ramón se ha ido perdiendo el interés por el bien común.

Don Miguel fue munícipe durante la segunda administración de don José Figueres Ferrer, de 1970 a 1974. Anteriormente había sido miembro de la Junta de Caminos durante diez años, de 1960 a 1970, cuando era presidente de la Junta don Jorge Orlich. En un inicio don Miguel no quiso aceptar por la distancia, pero luego

accedió porque era ad honorem y al servicio de la comunidad. En esa misma época cuando don Miguel ejerció dicho cargo, don Jorge Orlich renunció y se colocó a don José Alberto Chassoul como presidente de la Junta.

Cuando desaparecieron las Juntas de Caminos, las funciones que cabían dentro de su jurisdicción, pasaron a ser asuntos de la municipalidad. Después don Miguel participó en la formación de la Unión Cantonal, la Cooperativa de Leche y el Programa del Hospital sin Paredes, esto fue cuando se creó la Ley de DINADEC, de aquí surgieron las ideas de crear las Asociaciones de Desarrollo Comunal. Don Miguel fue presidente de la Unión Cantonal durante catorce años.

Según don Miguel, cuando salió de la Unión Cantonal, dejaron formadas cuarenta y siete asociaciones de Desarrollo Comunal y actualmente San Ramón es el cantón que tiene más asociaciones del país. Algunos pioneros fueron Juan José Picado Jiménez, Benedicto Jiménez (oriundo de Concepción), Marco Aurelio Quirós Chávez (vecino de Santiago), Miguel Guillén Elizondo y don Miguel, entre otros.

La experiencia fue muy provechosa e interesante, pues de ahí nacieron proyectos de vivienda como el de La Unión en San Rafael y hasta se llegaron a instalar máquinas para hacer bloques de concreto. Nació el Programa de Medicina Rural Comunitaria, gracias al impulso del doctor Juan Guillermo Ortiz Guier. Además, se formó la Asociación Regional de Medicina Comunitaria. Don Germán Barrantes fue el primer Presidente, duró como tres o cinco meses en su cargo debido a una enfermedad que le causó la muerte. Inmediatamente hicieron una asamblea y don Miguel fue Presidente de esa Asociación, también lo fue de la Asociación de Desarrollo Rural.

Cuando se fundó la Unión Cantonal en San Ramón en 1970, había cuatro asociaciones: Ángeles y Calle Zamora, luego San Pedro y Santiago. Siendo don Miguel Presidente de la Unión, también presidía la Asociación de Santiago. Reunidas las gentes del barrio, hicieron un movimiento para conseguir el asfaltado del camino que va de la entrada principal hasta donde don Eladio Hidalgo, en las afueras del pueblo.

Lo que se pretendía asfaltar era una distancia de cuatro kilómetros y medio. Desde 1968 se organizaban actividades con el fin de recaudar fondos, ese año, precisamente, realizaron unas fiestas cívicas. En ese tiempo, como se ha referido, había Juntas de Caminos, esta organización era la encargada de manejar los bienes. En 1970, estas pasaron la responsabilidad a las municipalidades. Cuando se incorporó a la Municipalidad se encontró con que el dinero de las fiestas ascendía a los veinticinco mil colones. Él siempre estuvo atento a que esos dineros se invirtieran para el camino de Santiago.

En 1976, se formó la Asociación de Desarrollo de Santiago, a don Miguel le correspondió asumir la presidencia, el vicepresidente fue don Marco Aurelio Quirós Chávez y el secretario Célamo Salas Jiménez; otro de los miembros de esta Junta fue Claudio Ruiz Espinosa. Se llevó a cabo una asamblea; él le comentó al pueblo que en la Municipalidad había veinticinco mil colones, producto de las referidas fiestas, explicó además que eran cuatro kilómetros

y medio de camino, y que el costo por kilómetro era de cien mil colones, consecuentemente debían asumir un costo de cuatrocientos cincuenta mil colones. Únicamente contaban con veinticinco mil colones. En esos días estaban discutiendo el plan de trabajo en una asamblea de la Junta de Desarrollo de Santiago. Por su parte, Francisco Madrigal fue quien propuso en la Asamblea incluir el proyecto de asfaltado del camino de Santiago. Entonces don Manuel Quirós dijo que pasaran el sombrero; en efecto, lo pasaron y ahí mismo recogieron cien mil colones.

Al ver el interés que había, los vecinos acordaron llamar al Ministro de Obras Públicas y Transportes, el cual durante esta época era don Álvaro Jénkins Morales. Así se hizo, la intención era que él viniera a una reunión en Santiago con la comunidad. Él debía fijar el día y la hora, lo cual lograron con un viaje a San José para lograr la coordinación necesaria. Cuando regresaron convocaron al pueblo a la cita. A esta convocatoria acudió todo el barrio. Don Álvaro dijo que el Ministerio de Obras Públicas y

Transportes estaba de acuerdo en cooperar pero que el gobierno no tenía presupuestado todo el dinero. La propuesta fue que el gobierno pondría la mitad de los cuatrocientos cincuenta mil colones en mano de obra y maquinaria, la otra mitad correría por cuenta del pueblo. Don Miguel en conjunto con el pueblo aceptó de inmediato. Cuando había que firmar el contrato que tendría un plazo de tres meses, don Marco Aurelio Quirós, conocido como Lelo, Vicepresidente de la Asociación, propuso al Ministro que no mandara al ingeniero y sugirió que fuera don Miguel el que se hiciera cargo de la dirección de la obra, don Miguel aceptó pero puso la condición de que le permitieran buscar asesoría profesional gratuita. Entonces don Miguel la buscó y la encontró; le prestaron aparatos para medir la presión y todo lo requerido para hacer un buen trabajo.

Como primer paso debían hablar con los vecinos. Así pues, se habló con ellos, todos estuvieron de acuerdo. No obstante, había un problema con la entrada de la ermita, pues la escuela estaba muy

orillada y había casas al frente, no se le podía quitar orilla a nadie. Debido a esto, esa parte quedó más angosta; después, salvada esa contrariedad, se amplió el camino con tractor y con niveladora, se hizo la conformación del terreno y este quedó listo para extender el lastre. Y así, se puso en marcha la construcción del camino. Tractores, niveladoras, compactadores, tanques de agua y vagonetas para transportar el material fueron dados por el Ministerio, de acuerdo con el contrato. En ese entonces era la época seca, se había dado la orden de que contra cupón se cambiara el combustible. Absolutamente todo estaba listo, el camino era cuestión de tiempo. Muchos hombres se entregaron a la tarea. Oscuramente se veía la meta del proyecto en sus comienzos y ahora ya era prácticamente un hecho.

Las horas extras fueron pagadas por la Asociación y si surgía algún imprevisto, también sería sufragado por los vecinos. Don Célimo Salas Jiménez era el tesorero de la Asociación, por ende, él manejaba los dineros. Los cheques los firmaban

entre los dos, además había un contador. No existía caja chica y si hacía falta algo se ponía de los recursos económicos con los que contaba la Junta. Los materiales fueron traídos del tajo Gavilanes, en Palmares. Esa vía tiene veinte centímetros de lastre bien compactado. Don Miguel contaba con la autorización para utilizar tres vagonetas que se guardaban en el plantel del MOPT, en el centro de San Ramón. Él llegaba antes de la seis de la mañana, las tres vagonetas iban a traer lastre a Palmares y don Miguel se venía con el operario que traía el tanque del agua, la niveladora y el compactador. Desde que comenzaron la construcción, don Miguel dispuso de un peón para cada vagoneta, con el objetivo de controlar el tiempo de viaje en camino. De ida y de vuelta había un cargador. A la hora del almuerzo a todos los trabajadores se les daba por igual; de este modo se fueron haciendo amigos de los dirigentes, esta amistad se mantuvo aun cuando se dieron cuenta que el peón que les mandaban era para controlarlos sin que ellos lo supieran. Al contrario de esto se empeñaron más en su trabajo, para ganar más horas extras.

Una vez que se superó el obstáculo de la entrada de la ermita, surgió otro problema. Cerca de la propiedad de don José Quesada había una naciente que salía de invierno, justo por el lugar por donde debía pasar la carretera. La solución que encontraron fue la de hacer una zanja que tenía doce metros de largo por poco menos de un metro de ancho y otro metro de profundidad, la cual serviría de drenaje. Como la niveladora iba dejando piedra suelta en su camino, esa piedra fue utilizada para rellenar la zanja. Por esos días en el plantel del Ministerio de Obras Públicas y Transportes estaba designado como ingeniero un hombre al que por mal nombre le llamaban "tía Zorra". Tal hombre pasó un día de largo y lanzó su mirada inquisitorial por donde se estaban realizando las obras. Cuando realizó todo el recorrido y regresó, preguntó de mala manera que quién era Miguel Arias, qué estaban haciendo, y que aquella no era manera de hacer un drenaje. Don Miguel contestó que el encargado era él y que contaba con la asesoría de un ingeniero. Ingeniero que evidentemente no era él: el quisquilloso "tía Zorra". También don Miguel le hizo saber que él

no debía estar haciendo nada ahí. El hombre se alteró, don Miguel también. Al otro día cuando don Miguel, como era costumbre, llegó antes de las seis por las vagonetas, se encontró con la novedad de que "tía Zorra" había ordenado que ese día no salía maquinaria para Santiago.

Don Miguel tenía el número telefónico del Ministerio de Obras Públicas y Transportes, además el del Ministro Álvaro Jénkins. Inmediatamente pidió el aparato telefónico y habló con el Ministro. Don Álvaro autorizó que se llevaran la maquinaria y dejó dicho que cuando llegara "tía Zorra" le avisaran que lo llamara. Cuando al otro día don Miguel llegó al plantel, se encontró con otra novedad. En lugar de las tres vagonetas, el Ministro mandó disponer cinco vehículos para aligerar los trabajos. Además de esto, se encontró con que "tía Zorra", debido a los problemas con la comunidad de Santiago, fue trasladado del MOPT de San Ramón a Limón, por orden del Ministro y mandó a otro ingeniero. En esta época las cosas eran de otra manera, dice don Miguel, había orden y decisión, se respetaban

los plazos y los términos de los contratos, por lo tanto, era más fácil hacer las cosas porque había más honestidad e interés por trabajar a diferencia de hoy que todos quieren mandar y ya nadie cree en los políticos.

Por el camino viejo había que ampliar un puente. Este había sido hecho durante la administración de León Cortés. Tal puente no era utilizado. Entonces se demolió sobre el río Jesús y las vigas se usaron en la ampliación. Las vigas fueron acarreadas por los bueyes de don Manuel Quirós Paniagua, quien fue uno de los que más colaboró en el proyecto. La comunidad apoyaba en todos los sentidos. La construcción de esa carretera ya tiene más de cuarenta años, fue tan bien construida que únicamente se le ha hecho un bacheo. La carretera más vieja de los distritos de San Ramón fue la de San Juan, pero era muy angosta, entonces tuvieron que ampliarla. Luego se construyó la carretera del distrito de Santiago. La Asociación de Santiago hizo otros proyectos más de camino y de lastreo.



En 1976 se vivía una verdadera revolución comunitaria. Se trabajó en muchísimos campos. Las instituciones gubernamentales y la empresa privada colaboraban en gran manera. Los acueductos rurales, en su mayoría eran conducidos por cañas de bambú. Luego de la obra en Santiago, fueron construyéndose cañerías y acueductos en los distritos del área que cubría el programa. Los colaboradores decían que cómo no les iban a ayudar si ellos trabajaban por el desarrollo de las comunidades. Todos esos trabajos eran voluntarios. En esa época había más de trescientas personas trabajando, en todos los cantones de la región, día y noche, sin recibir ni un céntimo de colón por la labor.

Se avanzó mucho en el ámbito de la salud, el doctor Ortiz empujaba desde su puesto de director del Hospital. Al finalizar la labor quedaron terminados treinta y ocho puestos de salud, con su enfermera y comité respectivo. La jefa de las enfermeras en ese entonces era Mariana Chávez Araya, quien además fue directora de la Universidad de Costa Rica. Estos comités administraban los

puestos. Manejaban y colaboraban con la atención del público y se cobraba una cuota o contribución voluntaria. Estos puestos fueron construidos por las comunidades con la ayuda económica del Comité Central. Cada comunidad elegía un comité de salud así como los responsables de la salud por sectores. Luego se crearon los comités de salud para los niños de las escuelas. En esa época dice don Miguel que el empleado público de los hospitales no pensaba en la hora de salida, trabajaba más tiempo y no cobraba horas extras.

Las comunidades donaron los terrenos para edificar los puestos. Incluso tenían un programa de radio en la emisora Radio Cima y la emisora Santa Clara. Por este medio se informaba y se avisaba sobre las actividades que se organizaban en las comunidades. Contaban además, con tres vehículos doble tracción, dos los compraron, el otro fue donado por la empresa automotriz Toyota. Cada uno de esos vehículos tenía su chofer, el cual se responsabilizaba de su carro, ya que existía un reglamento al que debían ajustarse. En las

escuelas se nombraron comités de salud para los niños. El Programa fue llevado a nivel nacional, pero durante el gobierno de Luis Alberto Monge, lo suspendieron y este no pudo seguir adelante, ya que el Hospital que había en San Ramón no pertenecía a la Caja sino que era manejado por una Junta de Protección Social. Cuando pasaron el Hospital a la Caja lo quebraron. En ese entonces, el director del Hospital y del Programa era el doctor Ortiz, por lo tanto, cuando eliminaron el programa también lo quitaron a él y colocaron a otro, ahí empezaron los problemas.

Entre los bienes que tenía el Programa, había dos fincas: las dos en el Rosario de Naranjo, la primera conformada por doce manzanas de rastrojo, se sembró frijol soya, para ocuparlo en la fábrica, y también maíz; posteriormente se sembró la totalidad de café. Cuando don Miguel salió, debido a que renunció, la finca había dado tres cosechas. Don Miguel nunca supo el destino del inmueble, no supo si se vendió, o qué uso se le dio. Este terreno estaba separado por una calle

pública, y al frente se ubicaba el otro terreno donde había una casa y un galerón, estaba destinado para personas con capacidades especiales, es decir, gente que tenía alguna minusvalía y que pudiera trabajar ahí, tampoco supo qué uso se le dio.

La Unión Cantonal también compró una finca en San Rafael, al frente del Proyecto de Vivienda, donde hubo una fábrica de block, además había café y caña. Después la vendieron y del dinero adquirido, le otorgan un porcentaje por año a cada Junta de Desarrollo que estaba asociada a la Unión Cantonal.

Asimismo, el Centro Agrícola compró otro inmueble que se adquirió para área demostrativa, estaba en San Isidro y se vendió. Con ese dinero se compró el terreno que actualmente ocupa la feria del agricultor, inversión que se consideró un gran acierto, pues significó una importante ayuda para los productores. La fábrica de soya, de la que se habló líneas arriba, nació con la intención de combatir la desnutrición de la niñez, puesto que se había verificado que la leche de soya era lo idóneo

para esos efectos. Se solicitó ayuda a la Embajada de Holanda y esta dio el dinero para la compra del equipo y de la maquinaria. Don Miguel fue a la Embajada a dejar el informe sobre los gastos de la fábrica. Esto le correspondió a él porque el cheque había sido girado a su nombre. Los funcionarios de la Embajada se sorprendieron con el informe tan minucioso. Incluso habían sobrado dos colones con sesenta y cinco céntimos, los que don Miguel sacó de su bolsillo y puso sobre el escritorio.

La fábrica estaba ubicada en un edificio propiedad de la Cooperativa Agropecuaria Regional de Productores de Leche, R.L. (Coopeleche R.L), en San Juan de San Ramón. Todos los niños desnutridos de San Ramón fueron surtidos de leche. Fue tal el éxito del proyecto que decía que solamente en Cuba se veían niveles tan positivos en cuanto al combate de la desnutrición. Según don Miguel, el equipo y la maquinaria de esa fábrica desaparecieron y nunca supo el destino de estos. También hubo cuatro máquinas para hacer bloques de concreto, de las cuales tampoco conoce su paradero. Don Miguel

reflexiona que es una verdadera lástima que esos bienes tomaran caminos desconocidos y que nadie se preocupara por ellos, ni se exigieran informes.

En 1978 se inició la construcción de las aulas de Salud Rural, por estos días don Miguel era el Presidente de la Asociación Regional de Salud, mientras que el Presidente de la Junta de Protección Social de San Ramón era Rodrigo Valverde, con quien mantenía una buena comunicación. Don Miguel, conjuntamente con el doctor Ortiz, logró el permiso para realizar ese trabajo. Los fondos los consiguieron a partir de una donación internacional y con una colaboración del gobierno. DIMAR, la empresa que vendía materiales para la construcción, colaboraba dando los materiales al costo. Primero se construyó un pabellón, después las aulas, luego la segunda planta y el garaje. Estas obras fueron realizadas por el pueblo.

Hubo una bitácora, en ella, los grupos nacionales e internacionales que los visitaban ponían sus opiniones sobre el Programa. Las visitas eran semanales y durante estas se impartían charlas. En

muchas oportunidades don Miguel era el encargado de impartirlas, pues contaba con vasta experiencia. Fueron quince años, los que estuvo al frente del proyecto: cañería, caminos, vivienda, educación; estos factores son salud preventiva. Para aquellas enfermedades en que la medicina preventiva no podía incidir, existían los Centros Médicos.

Para la construcción de las viviendas se compraron dos manzanas de tierra a don Jorge Valenciano Madrigal, ahí fue donde comenzó el programa de vivienda comunitaria en San Ramón.

Cuando se construían las viviendas, los personeros del proyecto, buscaban que los futuros habitantes pusieran su esfuerzo en la construcción, de este modo muchas mujeres aprendieron a pegar bloques de concretos, entre otros oficios. La idea era que las personas aprendieran a valorar las casas, pues si se realiza con esfuerzo un trabajo, esto será más apreciado que algo que simplemente se obtiene sin ningún esfuerzo. Esto es lo que afirma don Miguel. Ahora, según él, las cosas se regalan a cambio de un voto.

Don Miguel recuerda que antes las personas trabajaban con empeño y con amor, ejemplifica esta circunstancia con la figura de doña Hermelinda Mora, mujer insigne que fungió como partera cuando no había acceso a la atención hospitalaria, ella ayudó a venir al mundo a incontables criaturas, nunca hizo diferencias ni negó su ayuda a nadie, así como ayudaba a gente de escasísimos recursos, fue la que atendió el nacimiento de José Figueres. Toda su labor fue voluntaria.

Como doña Hermelinda Mora nunca cobró por su labor, la gente le traía en carreta todo lo que producía en el campo, como una forma de agradecimiento por atender a diferentes señoras en sus partos. Casi siempre a ella le sobraban de esos productos, entonces ella buscaba a las personas más pobres para regalárselos.

### *Hospital sin Paredes*

Cuando don Miguel era munícipe, llegó el doctor Juan Guillermo Ortiz Guier a invitarlo a la inauguración del primer puesto de salud, era el

inicio del Programa del Hospital sin Paredes. Este Programa nació cuando el doctor y otros médicos realizaron una labor sanitaria y social donde iban a visitar a la gente al campo para que no se trasladaran a la ciudad, los doctores simultáneamente les hablaban de salud y los atendían. Los primeros distritos que visitaron fueron San Isidro de Peñas Blancas y San Antonio de Zapotal. Dice don Miguel que, en ese entonces, solo se podía entrar a caballo por el mal estado de los caminos. Atendían a las personas y esto les permitía conocer la dura situación económica que enfrentaban. Ante esta situación, el doctor Ortiz invitó a don Miguel a que se uniera a sus esfuerzos mediante el Programa de Salud Rural. Fue entonces que en 1976 se creó la Asociación Regional de Medicina Comunitaria, la cual era un organismo integrado por los cantones de Palmares, San Ramón, Alfaro Ruiz, Naranjo y Valverde Vega. Don Miguel recuerda que el doctor Ortiz era un hombre incansable que siempre estaba dispuesto a prestar su ayuda, atendía de igual manera a las personas que podían pagar y las que no, el hecho es que siempre le gustó servir. Los

únicos funcionarios de esta Asociación que recibían remuneración por su trabajo eran los doctores y las enfermeras. El proyecto recibió una importante donación internacional, el monto donado se guardó en el banco para que ganara intereses, ese dinero se inyectaba a los distintos centros.

Para conocer el impacto del proyecto en la comunidad nacional se llevó un control de opiniones de visitantes, las que eran anotadas en un libro de sugerencias. En los visitantes siempre había un asombro positivo al ver cómo estaba funcionando el proyecto. Esta idea de la medicina rural fue llevada a otros países. Incluso, el presidente de Venezuela, Herrera Campins, ofreció a don Miguel y a su equipo, cubrirles todos los gastos con la idea de que fueran a su país a explicar el proyecto, ya que el venezolano quería instalarlo allá. Este acontecimiento se dio durante la administración de Rodrigo Carazo Odio. Personeros de la Organización Mundial de la Salud se presentaron en San Ramón y ofrecieron la ayuda necesaria para fortalecer el proyecto.

Además de la importante labor que don Miguel realizó en el Programa Hospital sin Paredes, también se preocupó por la creación de la Asociación Pro-Fomento de Proyectos Productivos de la Subregión de San Ramón (ASOPROSANRAMON), de la cual fue miembro fundador. Esta organización inició en 1982, con un capital base producto de un préstamo de quinientos mil dólares otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo y cuyo objetivo principal era ayudar a sectores productivos que tenían dificultades de acceso al crédito para emprender pequeños proyectos en agricultura, pequeña industria, comercio y pecuario.

También recuerda don Miguel que en una ocasión visitó al padre Sergio Hidalgo, se lo encontró tomando el sol y hablaron. El Párroco le contó que tenía una pensión de treinta y cuatro mil colones mensuales. Las condiciones en las que vivía el anciano eran malas. Don Miguel al notar esto, tuvo la idea de ayudarlo y se propuso crear una comisión; Francisco Quesada y don Luis

Cartín lo apoyaron en este intento. Hicieron una lista de personas del pueblo ramonense y fueron a visitarlas. Todas las personas y negocios que visitaron, dieron su colaboración. Llegaron a la casa del sacerdote con un carpintero y arreglaron el desvencijado piso, después le compraron una cocina industrial de gas. El Párroco tenía deudas en las farmacias y las cancelaron.

Un día en que estaban conversando, el cura le dijo a don Miguel que cuando muriera quería que lo enterraran en la Iglesia del Tremedal. Don Miguel puso en marcha un plan para que ese deseo fuera posible. De tal modo que habló con varias personas y consultó si legalmente era viable tal entierro. Se encontró con que había un decreto que lo avalaba, un decreto que se remontaba a 1907. El mismo sacerdote escogió el lugar y se le hizo la bóveda. Además, él mismo aparejó la cerámica y los motivos que quería en su sepulcro. Al final el sacerdote murió complacido y en paz.

## **SEGUNDA PARTE**

### **EXPERIENCIAS, ANÉCDOTAS Y RELATOS**

## EXPERIENCIAS, ANÉCDOTAS Y RELATOS

### *De los bueyes*

En 1932 vino el primer carro a San Ramón, fue traído por don Luis Paniagua y por José Alpizar. Antes el trabajo se realizaba con bestias y bueyes.

En la actualidad los bueyes son más chineados, se cuidan más de lo que es menester y casi no trabajan, se utilizan básicamente para sacarlos a pasear durante desfiles y otras actividades de esparcimiento; además, las bestias se utilizan en los topes. Para la carreta cualquier buey es bueno, para sacar madera son pocos los bueyes que dan la talla, se les debe enseñar desde pequeños.

El polín es un trozo de madera redondo, preferiblemente de madera verde y de unas cuatro pulgadas, se coloca el polín debajo del tronco que se quiere jalar y este se viene resbalado o lo que es lo mismo "espolinado". Está claro que el boyero debe ser consciente de la capacidad de trabajo



de sus bueyes, pues si se les pone un tronco muy pesado estos se van a fatigar y no van a cumplir a cabalidad con la faena impuesta. La forma, es decir, la fisonomía de los bueyes es muy importante, puesto que el buey flaco no sirve y tampoco sirve el gordo. El buey debe ser cenceño, entre más recto el lomo, mejor, mano (pata delantera) delgada, los ojos deben ser pequeños, vivos, listos y chispeantes, como estrellas lejanas. Bien parado para que jale bien, fuerte, cruzado de fuertes músculos. El color no tiene ningún tipo de relevancia, aunque hay una excepción, el buey barcino es muy difícil de amansar y no es muy bueno para el trabajo. Los demás son más idóneos para el trabajar en el campo. Los bueyes no trabajan por igual a ambos lados, hay unos que se desempeñan de mejor manera al lado derecho y otros que lo hacen mejor al lado izquierdo. Otra advertencia importante: buey de pata gorda no sirve para el trabajo. Por lo general, cuando la junta de bueyes cambia de boyero, estos extrañan al amo.

### *De las carretas*

Los caminos hacia Santiago eran unos pegaderos, es decir, eran sumamente intransitables, especialmente durante la época lluviosa, de esta manera era necesario tener una paleta de madera en el paral de la carreta para limpiar las ruedas. La compuerta delantera arrastraba el barro. Las muchachas acostumbraban sentarse en el centro y debían sostenerse entre ellas, cuando llegaban a la entrada del pueblo se iban a lavar los pies a la casa de una señora llamada María. Por cierto, que cuando se traía la imagen del Patrono Santiago al pueblo, la gente se detenía en la esquina que queda a cien metros de la antigua plaza Rafael Rodríguez, ahí retocaban a la imagen y se lavaban los que la traían. La parada era donde don Joaquín Zamora, quien precisamente se encargaba de retocar imágenes.

La carreta ha servido y sirve de mucho, cuando se iba a construir la Iglesia, las vigas y las piedras eran acarreadas por los bueyes. La piedra se traía de Santiago y la arena de San Juan. Cuando vinieron

los automóviles y fueron identificados con placas metálicas, a las carretas también se las pusieron. Las carretas en este entonces no podían transitar sin placas. La piedra bruta fue traída desde Santiago, se utilizó para chorrear las bases, la arena fue traída de San Juan y de Balboa se trajo la cal. Todo este material fue acarreado por los bueyes y las carretas. Para traer las enormes vigas se utilizaron dos carretas pegadas, esto se llamaba cureña, para los viajes se llevaban cuatro o cinco yuntas de bueyes, pues debían turnarse la dura labor. Para la construcción, el cura Monseñor Solís pedía a cada distrito ocho peones los cuales se turnaban cada ocho horas, durante las noches se utilizaban carburas, en este turno se hacían las chorreas, estas eran hechas por medio de baldes.

### *De los trapiches*

En San Ramón hubo más de cien trapiches. Antes no se utilizaba el hierro, en su lugar se usaban en los trapiches mazas de madera, generalmente madera guapinol. Las muñoneras también eran

hechas en maderas muy fuertes. En los trapiches colaboraban los animales, por ejemplo, los bueyes se utilizaban para moler la caña. En esta época la gente debía utilizar todo su ingenio para llevar a cabo las distintas faenas del campo. En lugar de macana de hierro se trabajaba con macana de madera; en lugar de alambre, las colindancias se marcaban con una zanja de un metro de ancho y uno de hondo. El aguadulce se hacía pelando la caña de azúcar y cortándola en trozos, le sacaban el jugo y después la hervían. De igual modo hubo trapiches de golpe, tenían una vara maciza para majar la caña y un recipiente para recoger el jugo. Posteriormente vino el trapiche en hierro, movido por bueyes y por caídas de agua, las cuales por medio de una paja de agua llenan los baldes de una rueda que se mueve girando, haciendo girar las mazas. Con el tiempo el motor suplantó a los animales y a este mecanismo.

El trapiche era y es una actividad familiar. De los más de cien trapiches que había en San Ramón, ahora solo quedan diecisiete. La mayoría de caña

de azúcar se entrega a los grandes ingenios. Se iba a Esparza y Puntarenas, con la carreta cargada de dulce y de allá se traían la sal. Los días que se vendía el dulce se daba de "feria" una pequeña tamuga de dulce de chiverre. Hay dos faenas extremas en el trapiche, la más sacrificada es la que llaman atizada, que es la que implica estar frente a las hornillas ardientes atizándolas para mantener el calor. La más bonita es la de la molida. Se sacaban cuatro tareas al día, o veinticinco tamugas por carretada de caña.

Cuando el jugo de la caña se vierte en las pailas, al calentarse, el calor hace que emerjan basuras, estas basuras se recogen con un pazcón y se sacan. Luego se le agrega el jugo de una planta llamada mozote, la función de este jugo es la de recoger otras impurezas. El pazcón es un implemento que consiste en un guacal metálico con pequeños agujeros. Esta primera parte de la faena que se llama descachazada debe hacerse con un fuego moderado, pues si se alcanzan temperaturas de ebullición, todo se revuelve y no es posible realizar

el trabajo. Esta parte inicial es muy importante, pues determinará el color y la calidad del dulce. Otro aspecto importante es el dar en el punto a la miel.

Después de la descachazada, ya en la hornilla con más fuego vienen las espumas, al ser más livianas, emergen y se recogen con el pazcón. Se servían en bombas, guacales o en cualquier recipiente que las pueda contener. Estas se beben calientes dejando la marca de su dulce paso en las caras de los que las beben con fruición. Para cortar la miel, se agita moviéndola de un lado a otro con un "pazcón" grande, de manera que con el movimiento va subiendo y se va cortando. De ahí se saca con una bomba y se va chorreando para obtener las tapas de dulce. El molde primero es lavado con agua, después se vuelca para que se enjute. Una vez que se ha chorreado el dulce en los moldes y que se ha cortado la miel, los moldes se vuelcan y las tapas se sueltan. Para envolver el dulce se usaban hojas de la caña de azúcar, bien secas y limpias. Para que no estuvieran muy tostadas se rociaban en las

puntas con agua, a fin de poderlas manipular. Una tamuga son cuatro tapas de dulce envueltas juntas, el envoltorio se amarraba con dagailla de itabo. Un atado es igual a dos tapas de dulce.

Toda clase de gentes se llegaban a los trapiches, ahí les regalaban jugo de caña, espumas, cachazas, perico, sobado, melcochas y cabos de caña pelados que tienen la propiedad de blanquear los dientes. Durante los lunes y los martes se cortaba caña, los jueves molían, el viernes enyugaban y se llevaban el producto al mercado y si era la estación seca, lo llevaban a Puntarenas.

### *Del ganado*

Entre los criadores de ganado existían, en aquellas épocas, preferencias relacionadas con la actividad que quieren realizar y con los fines buscados. Así pues, el criador de ganado de leche prefiere que las crías sean hembras. Por el contrario, si el ganadero busca explotar la carne de sus reses, prefiere que las crías sean machos. Del mismo modo es con la ganadería de doble propósito. Lo anterior

es manejable cuando el ganado se trabaja con inseminación artificial.

Algunas veces las crías presentan dificultad para salir, complicándose en gran manera el alumbramiento. Cuando no surge este inconveniente, la cría suele venir con las dos manos delanteras primero y ya cuando han asomado las rodillas, enseñan las pezuñas. Las vacas generalmente se esconden a la hora de parir. Un día en la finca de mi padre una vaca estaba propensa a parir y como en San Ramón no había veterinarios le pedí permiso a mi padre para examinarla y él lo consintió. En efecto, la cría venía atravesada y logré darle vuelta para enderezarla. A los quince minutos de esta maniobra la vaca se echó a parir. La cría nació bien. Después de esto, me entusiasmé y seguí ayudando a las vacas con malparto.

En otra oportunidad me encontré que una cría había chupado el agua de la fuente reventada, entonces por eso el animalito se infló. Evidentemente imposibilitando el parto. Para desinflar a la cría se acostumbra meter una manguera en el hocico

de la cría, de este modo expulsan el líquido, desinflándose. Una vez desinflada se le tira de las manos delanteras, siempre se trabaja con una sola mano por cuestiones de espacio. Cuando la cría viene y está viva, viene ahogándose, entonces se les limpian el hocico y la nariz y luego se toma de las patas y se sacude para estabilizarla.

Las crías no siempre vienen vivas. En una oportunidad recibí el llamado de don Antonio Morales y al examinar la vaca supe que la cría estaba muerta. Para saberlo, se mete la mano y se toca la pezuña de la cría, si la cría hace a quitar la pata, está viva, si no, está muerta. Don Antonio Morales había llamado al veterinario varias veces y él no había hecho nada. Traté de sacar el producto en piezas, pues era imposible sacarlo entero. Con la cuchilla bien afilada y envuelta en un trapo, excepto en la punta, fui cortando el pellejo alrededor del cuarto de las manos, así como los tendones. Igual procedimiento hice con las manos y así con cada pieza. Habiendo sacado los cuartos, salió el resto del animal. La vaca se salvó. Después de esta parte del proceso hice un lavado con agua y sal Inglaterra.

## *De la agricultura*

Según el producto que se va a sembrar debe de considerarse la fase lunar. Los productos que nacen bajo tierra, como la yuca, los tiquizques, el camote, entre otros, deben sembrarse durante el cuarto creciente. Los que se producen al aire, como el maíz, arroz, frijoles y otros, deben ser sembrados durante el cuarto menguante. Esto con el fin de lograr una mayor producción. La caña de azúcar debe ser sembrada y cortada en menguante. La influencia lunar es verificable, si se corta madera en menguante no se pica, lo contrario sucede durante el cuarto creciente. Una caña de bambú cortada en menguante puede durar más de diez años y sirve para hacer corrales. Cuando se desea cortar o descuajar árboles, se debe hacer en cuarto menguante y con el corte en cuarenta y cinco grados, así el agua no se escurrirá y no se filtrará. Si el corte se pinta con cal o pintura, sella mejor.

## *Las tres Marías: buena cuchara y turnos*

En Santiago hubo tres señoras que los vecinos llamaban las tres Marías. Ellas se encargaban de

organizar los turnos y se dedicaban a trabajar en la cocina. Las personas también las contrataban para ocasiones festivas y gracias a ellas es que Santiago ostenta esa fama de buena cuchara que tiene. Yo era apenas un niño. Los nombres de tales cocineras eran María Dolores, María Jesús y María Damiana, todas, apellido González. En el campo acostumbraban comer arroz, frijoles, picadillos, verduras, tamales, lomo y carne, la cual se envolvía en una hoja de bijagua. En los turnos había música de guitarra, acordeón, concertina y bandolina, en algunos había marimbas.

En los primeros festejos de turnos no había pleitos, la atmósfera era muy tranquila. Con el pasar del tiempo las cosas cambiaron: peleaban los Paniaguas y los Hidalgos. Los muchachos se hacían en grupos para sentirse respaldados. De igual forma, se armaban pleitos entre los ramonenses y los palmareños.

### ***La Cuesta del Toro: el bramido misterioso***

La gente de la zona que se conoce como la Cuesta del Toro relataba una historia maravillosa.

Decían sin inquietud en los ojos, que en esa cuesta, camino viejo a Santiago, se oía durante las noches el bramido de un terrible toro. Con ganas de saber qué era el misterio, el finado Rafael Jiménez resolvió un día ir a ver en qué consistía el asunto. Al anochecer, con curiosidad y con miedo tomó su guápil, machete y carbura y se fue a buscar el camino arriba, en busca del toro de otro mundo. Serían las diez de la noche cuando comenzó a soplar un viento del norte. Este aire nocturno trajo el dolorido y espantoso bramido de un toro, o al menos, eso parecía ser el ruido que llenó la noche. Armándose de todo el valor que tenía, don Rafael subió en busca del animal. Pero con lo que se encontró fue con un inmenso higuieron que tenía un hueco inclinado hacia el lado en que el viento daba, esto producía un sonido idéntico al del bramido de un toro. Satisfecha la curiosidad de don Rafael y certificada su valentía, bajó y contó su descubrimiento a todos los vecinos.

## ***La cazadora***

En aquella época no había transporte, solo una avioneta o un tren que venía de San José a Puntarenas. En San José, por ejemplo, había un tranvía en lugar de taxis.

En San Ramón se iba a caballo para agarrar el tren en río Grande. En aquella época solo en San José existía el Banco de Costa Rica, por eso todas las gestiones bancarias debían hacerse en la capital porque en San Ramón no había bancos.

Cuando hubo caminos, llegaron las cazadoras y los primeros choferes fueron don "Goño" Arias, Gonzalo Sancho y José Manuel Alvarado, conocido como "Barruta".

## ***Resolución de un conflicto: el caso del ternero***

Mi familia colindaba con una finca de Fabio Valenciano y en ambas fincas había ganado. Un verano mi padre bajaba la cuesta de Aguagría cuando de repente vio que alguien estaba dentro de su propiedad y que estaba jalando a un animal, se

trataba de un pequeño ternero. Mi padre apresuró el paso de su caballo y al llegar al "portillo" se encontró con don Fabio, su vecino, quien traía amarrado al ternero achiote que don Fabio creía de su propiedad. Al ver esto mi padre le increpó con una frase a modo de saludo: ¿Qué raro, ladrones de día? Valenciano respondió que el ternero que llevaba se le había perdido de su finca, o al menos, se parecía demasiado al suyo; así pues lo dejó en el terreno de mi familia y se fue. Sin embargo, don José Ugalde, que era el juez de paz de Santiago llegó con un citatorio para mi padre. En efecto acudió a la cita con la jefatura política y ahí le hicieron saber que don Fabio Valenciano se había ido a quejar que el ternero era de él y por eso lo iba a pelear. Don Lalo Vega le mandó una cita a mi padre para que se presentara en la Jefatura Política. Entonces ahí don Lalo le contó lo que había dicho Fabio Valenciano. Fabio propuso dos opciones: soltar el ternero o pasarlo por enfrente de la casa; entonces mi padre optó por pasar el ternero al frente de la casa sabiendo que el animal no iba a conocer la manzana donde Valenciano tenía ganado.

El día sábado mi padre llevaría el ternero: objeto del pleito; este sería soltado para que pasara frente a la casa de doña Matilde Madrigal, que estaba situada cien metros al este del Templo Parroquial. La idea era que el ternero pasara por la entrada del ordeño que tenían los Valenciano. Si el ternero se metía al corral, esto significaría que era de su pertenencia. Si el animal no entraba, sería de mi padre. En tal juicio privaban algunas condiciones:

La primera: que en el corral de los Valenciano no hubiera ningún otro animal.

La segunda: que el ternero debía estar amarrado en el cañón que se encontraba al lado afuera del Palacio Municipal que se utilizaba para amarrar bestias.

La tercera: los testigos de honor serían Monseñor Solís, cura del pueblo en ese entonces, y el coadjutor Clodoveo Hidalgo, cura párroco del lugar.

La cuarta: además de las condiciones anteriores, el que perdiera el litigio debía pagar la suma de quinientos colones.

La noticia de la forma de arreglo había corrido por el pueblo como pólvora encendida. La falta de entretenimiento y el hecho de que se realizara un día sábado propiciaron tal interés; muchas personas ajenas al asunto realizaron apuestas de dinero y productos agrícolas. El día sábado las calles estaban llenas de ansiosas gentes que se reunieron para ver el desenlace. La tarde del viernes mi padre se había traído el ternero junto con la madre del animal.

Cuando el animal estuvo amarrado en el cañón del Palacio que servía de poste, se arrimó doña Matilde a tocarlo y a verlo, para su sorpresa el animal se enfureció y comenzó a bramar y a brincar. La esposa de don Fabio Valenciano, a pesar de esta contrariedad seguía afirmando que el ternero le pertenecía a su familia. La autoridad por fin dio la orden de llevarlo hasta la esquina y de soltarlo. La algarabía del pueblo creció, el acontecimiento tan esperado había llegado y un asunto legal tomó tintes festivos. Cuando fue soltado el ternero no se movió ni un centímetro, estaba como petrificado en la esquina. Había pasado como una hora y el ternero



persistía en su inmovilidad. La gente gritaba que lo arriaran, pero no había manera de que el animal se moviera. El ambiente era de fiesta, gritos y risas se escuchaban en las calles concurridas. De repente, el animal alzó la cabeza y corrió cuadra tras cuadra. La gente se apartaba en medio del júbilo. Al rato lo pudieron soguear y todos dieron por ganador a mi padre, quien pidió que le depositaran quinientos pesos para el transporte del animal.

Lo interesante de esta anécdota es que en ese entonces un ternero tenía un valor de treinta colones y la gente se arreglaba bien a bien. Don Fabio no se enojó, siguió siendo colindante un tiempo más y después le vendió la finca a mi padre. Cuando el ternero creció fue un hermoso buey con cachos pailetas.

## PALABRAS FINALES

Don Miguel entiende que su labor ha sido importante, pero afirma que en cada faena que enfrentó hubo personas a su lado, ayudándole, prestándole las manos. A sus hijos y a los hijos de estos, a toda su descendencia, al pueblo ramonense y a todo aquel al que haya llegado a las páginas de este libro, don Miguel les ha dictado una lección de trabajo y de esfuerzo. Ahora nos deja unas palabras, llenas de optimismo y esperanza: *Creo que hay que sembrar para recoger. Sembrar en todos los aspectos: amistad, honestidad, lealtad. Papá nos decía que hay que aprender lo bueno, no lo malo, para poder transmitir eso a los hijos y nietos venideros.*



**Fotografía 1:** Don Miguel visita la Cooperativa de Productores de Leche, de la cual es Miembro Fundador. También perteneció al Consejo Directivo de esta organización durante el periodo 1972-1982.



**Fotografía 2:** Don Miguel recibe el certificado correspondiente al curso *Relaciones Humanas y Participación Popular*, organizado por DINADECO. San Isidro de Coronado, 1969.



**Fotografía 3:** Don Miguel participa en la actividad para dar a conocer el Programa de Salud Rural, 1980. Se encarga de presentar al presidente costarricense Rodrigo Carazo Odío (a su izquierda) y al presidente venezolano Luis Herrera Campins (a su derecha), quienes visitaron el cantón ramonense en esa ocasión.

En este libro Miguel Ángel Arias Alpizar (1923) efectúa una interesante aproximación a la historia de San Ramón del siglo veinte en diferentes ámbitos: social, político, económico, cultural y legal. Este hecho le permite centrar su interés en los cambios que ha experimentado la sociedad ramonense y mostrar el desarrollo de proyectos que han tenido un impacto positivo, en los que él ha ejercido un liderazgo y ha sido uno de los principales protagonistas.

Como ciudadano orgulloso de sus orígenes, don Miguel reflexiona sobre el pasado y lo compara con el presente, y al hacerlo logra recuperar parte del patrimonio histórico y cultural ramonense, así como valores fundamentales: la familia, la amistad, el trabajo, la solidaridad y muy especialmente el espíritu de servicio que lo ha caracterizado a lo largo de su vida.

Magdalena Vásquez Vargas



UNIVERSIDAD DE  
COSTA RICA

Coordinación  
Investigación  
Sede de Occidente

Diseño gráfico y diagramación:  
Lic. Juan Carlos Hernández Chavarría  
Diseñador Gráfico U.C.R.  
acuarelearte@gmail.com

ISBN: 978-9968-9663-6-8



9 789968 966368

SOCIEDAD EDITORA  
ALQUIMIA 2000, S.A.